

LA BATALLA DEL VERDÚN

Estrenada en el Teatro Candilejas de Barcelona, el 16 de mayo de 1965,
por el Grupo de Teatro La Pipironda, con el siguiente

REPARTO

MUCHACHO 1	Jorge López
MUCHACHO 2	Antonio Lucchetti
MANUELA	Isabel Martínez
PACO	Alfredo Lucchetti
SR. FRASQUITO	Jesús Lizano
COMPADRE 1	Jaime Fuster
COMPADRE 2	José M. Rodríguez Méndez
PANCHO	Agustín Ballester
CHAVAL 1	Ramón Teixidor
CHAVAL 2	José M. Lucchetti
ÁNGEL	Jorge Teixidor
CARMELA	Elpidia Oliver
ANDRÉS	Florencio Clavé
LEGIONARIO	Ángel Carmona

Escenografía de Florencio Clavé y Jorge Teixidó

Traspunte: Francina Aloy

Canción original de Ramón Teixidor: «Fang»

Regidor: Jorge Bayona

Dirección
ÁNGEL CARMONA

ACTO I

Un suburbio barcelonés. En la parte alta de la ciudad. Encrucijada de calles sin urbanizar. A la parte izquierda del espectador, un terraplén por el que se adivina, más que se ve, la panorámica de la ciudad que desciende a lo lejos hacia el mar. Sobre este balcón natural se abren las puertas de un bar miserable, ante el cual una pequeña terraza improvisada sirve para, en buen tiempo, colocar mesas y sillas. A la derecha una casa modesta, sin fachada, de modo que se vea el interior. Habitación de dormir y comedor-cocina amueblada muy humildemente y en cuyo mobiliario se adivina el gusto pueblerino de los lugares del Sur. Máquina de coser, armarios de luna, aparadores grandes y estampas de vírgenes andaluzas. En la alcoba, la gran cama de matrimonio y a la cabecera el ángel de la guarda. A la derecha, una calle que se adelanta hacia el foro con tapiales de pequeña fábrica. Por lo demás, queda a merced del director de escena la disposición de los restantes elementos. Lo imprescindibles es: el bar, la casa someramente descrita y la salida hacia la calle de la derecha.

(Al iniciarse la acción es por la mañana –mañana de invierno– temprano, casi de noche. El bar está cerrado. En la casa, a oscuras, se adivina el bulto de dos cuerpos que yacen en la alcoba de matrimonio. Hay en la calle un ambiente frío, recogimiento y encanto. Por la izquierda sube desde el terraplén un MUCHACHO de unos 23 o 24 años. Cazadora y bufanda. Lleva al hombro un saco de obrero. Mira las puertas del bar cerradas, se frota las

manos y, luego, queda un instante mirando hacia la calleja de la derecha, es decir, hacia la ciudad, con ojos de nostalgia. Casi inmediatamente avanza por el lateral OTRO MUCHACHO de más o menos la misma edad y vestido por el estilo del anterior. También lleva un saco de obrero colgado al hombro. Se dirige enseguida hacia donde está el otro ensimismado contemplando el panorama del amanecer y le da un golpe en la espalda.)

MUCHACHO 1.— Ya está, macho...

MUCHACHO 2.— *(Volviéndose alegre.)* Hola.

(Leve pausa; se miran los dos.)

MUCHACHO 1.— Bueno...

MUCHACHO 2.— Vamos...

(El MUCHACHO 2 va a iniciar el descenso. El otro sigue irresoluto.)

MUCHACHO 2.— ¿Qué?

MUCHACHO 1.— Si abrieran la tasca... No vendría mal tomar un caliente, antes de...

MUCHACHO 2.— En la estación...

MUCHACHO 1.— Hay tiempo. ¿Te has despedido?

MUCHACHO 2.— *(Alegre e indiferente.)* ¿De quién?

MUCHACHO 1.— De los tuyos y de...

MUCHACHO 2.— ¡Bah!

MUCHACHO 1.— Mira, es la última vez que vemos esta ciudad.

MUCHACHO 2.— Yo escupo en ella, fíjate. *(Escupe en el aire.)*

MUCHACHO 1.— Pues yo también, macho... *(Escupe también.)*

MUCHACHO 2.— *(Con decisión.)* ¡Vamos...!

MUCHACHO 1.— ¡Vamos!

(Desaparecen saltando. Un estridente sonido de despertador envuelve la escena. Inmediatamente se enciende

una triste lámpara en la mesilla de la alcoba del matrimonio de la casa. Emerge el cuerpo de una mujer. Treinta años aproximadamente. Bella pero endurecida.)

MANUELA.— Paco... Paco... ¿Es que no estás oyendo el despertador? *(Lo para. PACO da una doble vuelta en la cama. Las mantas caen a un lado.)*
Muchacho, que te llevas la ropa...

PACO.— *(Adormecido.)* Ya voy, ya voy...

MANUELA.— *(Saltando de la cama.)* No, si es para mí. Tú tienes todavía media hora. Pero... levántate, *(Le sacude.)* levántate...

(PACO, treinta y tantos años, se incorpora.)

PACO.— Si ya lo oigo, mujer, si ya lo oigo...

MANUELA.— Es que yo me voy a la estación, ¿oyes?

PACO.— Sí...

MANUELA.— *(Se viste deprisa.)* No llegues tarde al trabajo. Yo me voy volando. Menuda mañana me espera. Las siete. Luego vendrá el tren con retraso. Pero hay que estar a la hora en la estación. A lo mejor, por un casual, llegan a la hora. ¿Te has quedado dormido, o qué?

(PACO vuelve a incorporarse.)

MANUELA.— *(Mientras termina de vestirse deprisa.)* Que te levantes, que yo me voy a esperar a los primos. Que te vistas. Que no me voy sin que te hayas levantao.

(Va deprisa a la cocina y maniobra en el hornillo de gas y en el lavadero. PACO se da otra vuelta y se queda de nuevo dormido.)

MANUELA.— *(Mientras trajina en la cocina.)* Vaya día que nos espera. Sobre todo a mí. Tú podías haber pedido permiso en la fábrica. Pero, claro, tratándose de la familia..., ¿pa qué? Si fuera pa el fútbol..., bueno. Pero para algo importante... Todo el trabajo para mí... *(Se detiene y va otra vez a la alcoba. Sacude con rabia a PACO.)* Paco... Que te levantes...

PACO.— Bueno. ¿Qué hora es?

MANUELA.— *(A gritos.)* Las siete. Y yo me voy a la estación. A por los primos. ¡Levántate!

PACO.— *(Como un niño.)* Tengo tiempo hasta las siete y media.

MANUELA.— *(Enérgica.)* No, que te vuelves a dormir y llegas tarde. Y te desquitan los dos duros. Y buenos estamos...

PACO.— Bueno, ya estoy despierto, vete.

MANUELA.— No; anda a lavarte. Que te vea yo levantao...

PACO.— Pero si es media hora, mujer...

MANUELA.— *(Tirando de él.)* ¡Que te despiertes, Paco...!

(PACO sale de la cama, se mete los pantalones y se tambalea en camiseta en el centro de la alcoba. MANUELA va a la cocina y trae una palangana de agua, que deja sobre una silla.)

MANUELA.— Ves lavándote. *(PACO se acerca a la palangana y se moja la cara. MANUELA se peina delante de un espejo que hay colocado en la misma habitación, dándose fuertes tirones, nerviosa, en el pelo, con el peine.)*

PACO.— Tienes tiempo de sobra. ¿A qué hora llega el tren?

MANUELA.— *(Sin contestarle.)* ¿Sabrás calentarte el café? Tienes mortadela y pan en la alacena... Yo me voy.

PACO.— Adiós...

MANUELA.— *(Luego de echarse un abrigo sobre los hombros y anudarse un pañuelo sobre la cabeza.)* Cierra bien la puerta... Adiós. *(Al ir a abrir la puerta se detiene.)* Bueno, ¿y no me dices nada para ellos?

PACO.— ¿Qué?

MANUELA.— Nada, nada... ¡Qué hombre! *(Sale dando un portazo. PACO se encoge de hombros, se estira y pasea por la habitación. Luego se sienta en la cama y se coloca un jersey grueso. MANUELA ha salido ya a la calle y se dirige hacia el terraplén de la izquierda. El dueño de la tasca, el SR. FRASQUITO, cuarenta años, abría las puertas del bar.)*

SR. FRASQUITO.— Buenas y frescas, señora Manuela...

(La MANUELA se vuelve a él sin detenerse.)

COMPADRE 2.— Está la cosa mala, muy achuchada, chaval. Déjame de historias...

COMPADRE 1.— Pero si es cosa de cinco minutos..., que te lo digo yo..., que lo pasamos fenómeno, con el Pancho...

COMPADRE 2.— Hasta más ver. *(Saltaba ya el COMPADRE 2 por el terraplén, hacia el autobús, si el mefistofélico COMPADRE 1 no le retrajera así:)*

COMPADRE 1.— Te convido a un caliente en el bar...

(La cabeza y el cuerpo del COMPADRE 1 están otra vez en el borde.)

COMPADRE 2.— ¿Hace?

COMPADRE 1.— Palabra de honor...

COMPADRE 2.— Cinco minutos, tú...

COMPADRE 1.— Hasta que llegue el Pancho...

(Entran en el bar y ya es día completo. Han ido aumentando los tintineos del tranvía, los bocinazos, el resplandor musical y lúgubre de las sirenas y hasta una radio que lanza ya el primer mambo de moda de la madrugadora mañana.)

(Llega el PANCHO, mohino, con un saquillo al hombro y su jeta torcida. Al pasar por delante del bar se oye un estrépito de cristales y se ven las caras de los que esperan su «pascua». Como sea que el PANCHO no está para bromas, se iba presuroso a la parada del tranvía, hasta que el COMPADRE 1 abre la puerta del bar y le reclama.)

COMPADRE 1.— ¡Pancho..., Panchito! ¿No quieres un caliente?

COMPADRE 2.— *(Asomando la pelota por detrás del otro.)* Y calentito que está, jefe...

(El PANCHO se planta chulón en la calle y grita un:)

PANCHO.— ¿Qué pasa?

COMPADRE 1.— ¿Es que no vas a tomar una copa con los amigos?

PANCHO.— (*Chulón y fiero...*) Y cuatro...

(Entra en el bar. Ceremoniosos, le abrían la puerta los dos COMPADRES. Portazo.)

(Primer lengüetazo de sol. Un estallido de misteriosa alegría que enciende los tapiales de la fábrica. Por la izquierda aparecen dos CHAVALS más o menos del talante de los dos que salieron en primer lugar, pero más jóvenes.)

CHAVAL 1.— (*Al otro.*) A ver si está este tío aquí...

(Abre la puerta del bar y, en tanto que el otro espera, mete la cabeza y grita: «¿Está el sr. Fábregas?»... Ante la negativa, cierra y se queda fuera.)

CHAVAL 1.— No ha venido. Supongo que no tardará...

CHAVAL 2.— Pues hace un frío que pela, macho...

CHAVAL 1.— No tiene que tardar...

CHAVAL 2.— Vamos a esperarle dentro, ¿no?

CHAVAL 1.— No tardará. Ponte aquí en el sol.

CHAVAL 2.— Estamos sin una «pela»...

CHAVAL 1.— Por eso... Además, que aquí dentro están éstos con el fútbol.

Peste de fútbol, tú... Cada día le tengo más asco.

CHAVAL 2.— Los viejos no saben salir de eso, oye, del fútbol. Quién pudiera ser tan tonto como ellos.

CHAVAL 1.— Yo prefiero leer novelas. Oye, he leído la última novela de Candel; es fenómeno...

CHAVAL 2.— ¿Me la dejarás, no?

CHAVAL 1.— No puedo, tú... Es de mi cuñado... Y el tío no me la dejaba. La he tenido que leer por las noches... ¡Es de miedo! Es un tío escribiendo ese autor... Es que te retrata, el tío... A mí, lo único que me gusta en esta vida son las novelas de ese Candel y el cine italiano. ¿Has visto *Rufufú*?

CHAVAL 2.— ¿Voy a ver?... Si llevo quince días parao...

CHAVAL 1.— A ver si hay suerte hoy...

CHAVAL 2.— ¿Qué te dijo ese Fábregas?

CHAVAL 1.— Que tenía trabajo pa los dos. Y bueno... Diez pelas la hora, tú...

CHAVAL 2.— En una semana me ponía en casa, oye... Es que si no, me largo a Francia, te lo juro...

CHAVAL 1.— Francia... Quién pudiera... En cuanto hagamos la mili y nos den el pasaporte, nos largamos. Madre, el día que pierda yo de vista este país...

CHAVAL 2.— Si es que aquí no es uno más que un esclavo. Yo no me hablo ni con mi padre, tú. Y el tío, porque no llevo nada a casa, se cree que soy un gánster, tú...

CHAVAL 1.— Si lo único que quiere uno es trabajar...

(Estalla un clamoreo de voces dentro del bar.)

CHAVAL 2.— Mira tú ésos, discutiendo de fútbol. A sus años, tú... Luego dicen...

CHAVAL 1.— Qué barbaros, tú...

(Las voces arrecian. El CHAVAL 2 iba a fisgonear a través de la puerta, pero una explosión de aire seguido por el cuerpo de PANCHO le hizo hacerse a un lado. El PANCHO se planta en medio la calle, rojo de ira...)

PANCHO.— ¡Sal aquí, cabrito! ¡Dímelo aquí, en la calle...! ¡Que no quiero dar un escándalo..., que... ¡

(Ya sale el COMPADRE 1 seguido del COMPADRE 2 y de los medrosos SR. PACO y SR. FRASQUITO.)

COMPADRE 1.— Aquí estoy. ¿Qué pasa? Y te digo que...

(Se van a trabar los dos y el CHAVAL 2 se interpone.)

PANCHO.— Aparta, chico, que esto es cosa de hombres...

CHAVAL 2.— ¿De hombres? ¿Dónde están los hombres?

(La ira de los dos contendientes se azuza ahora, repentinamente, contra los dos CHAVALES.)

COMPADRE 1.— Largo de aquí, que te largo un puntapié que te...

(SR. FRASQUITO, *asustado, intervenía.*)

SR. FRASQUITO.— Deja quieto al chaval...

(*El otro se ponía agresivo y sacaba de repente una navaja.*)

CHAVAL 1.— Al que toque a mi hermano, lo acuchillo...

(*Extraño asombro de todos y reacción rápida de todo el grupo contra los imberbes.*)

COMPADRE 1.— (*Sujetando al CHAVAL 2 mientras el SR. PACO y el SR. FRASQUITO sujetan al otro, amenazándoles y dándoles en la cara.*) Granujas...

TODOS.— (*Entreverados.*) Golfos, sinvergüenzas, gamberros. Pero qué pali-za les daba..., sí... Mecachis en la sota de oros...

PANCHO.— La mala educación que reciben. La culpa la tienen los padres...

COMPADRE 2.— Es que si fuera hijo mío, lo doblaba...

(*El SR. FRASQUITO se ha apoderado de la navaja y se la coloca junto al cuello al CHAVAL 1, como si fuera el pobre chico un «Fellagah» argelino.*)

SR. FRASQUITO.— ¿De dónde sacaste esta joya?

PANCHO.— Llevarle al cuartelillo, allí se entenderán con él...

(*El SR. PACO se arrebujaba en la bufanda e iniciaba el mutis.*)

PACO.— Tampoco iba a llegar la sangre al río... Cosas de chavales...

COMPADRE 1.— Cosas de chavales... Menudos están los chavales... Un día nos degüellan a todos.

PANCHO.— Yo me largo también, Paco... Y ya arreglaremos cuentas, eh, vosotros.

(Se largaba deprisa el PACO con el PANCHO.)

COMPADRE 1.— *(Matón, hacia los que se van.)* A ver si me haces bueno eso..., ¿eh?

PANCHO.— *(Su voz.)* El domingo en Mestalla lo vamos a ver...

COMPADRE 2.— ¿Lo ves? No tiene dos bofetadas...

(El COMPADRE 1 ha soltado al CHAVAL y se marchan los dos.)

COMPADRE 1.— Vamos tú..., sr. Frasquito, a ver si da usted parte de esos granujas...

SR. FRASQUITO.— Se lo diré a su padre...

(Se largan todos, apaciguados ya. Queda el SR. FRASQUITO con los chicos; por otra parte, más tranquilos que unas pascuas.)

CHAVAL 1.— Bueno... ¿Me da usted el pincho?

SR. FRASQUITO.— Se lo daré a tu padre...

CHAVAL 1.— Mi padre no tiene nada que ver conmigo...

SR. FRASQUITO.— ¿Ah, no? Pues por eso... A tu padre se lo doy... Tú quieres buscarte un presidio...

CHAVAL 2.— ¡Me defendía a mí!

SR. FRASQUITO.— ¿Te defendía? ¿De qué?

CHAVAL 1.— De la barbarie...

SR. FRASQUITO.— Ooolé... Serial de la radio...

CHAVAL 1.— Bueno, deme usted la faca...

SR. FRASQUITO.— Que no te la doy, no insistas. Y ¿cómo se te ocurre cabrear a los hombres una mañana del lunes y habiendo perdido el Athletic de Madrid?, ¿eh?

CHAVAL 1.— Mira si no perdiera lo que yo me sé...

SR. FRASQUITO.— ¿Es que eres del Barça...?

CHAVAL 2.— Vamos, no diga usted sandeces, sr. Frasquito, que no está usted en edad.

SR. FRASQUITO.— Pues no te la voy dar, ea. Un chaval como tú no necesita esos instrumentos...

CHAVAL 1.— Es igual, déjale, ya me la dará...

SR. FRASQUITO.— ¿Es que amenazas, sinvergonzón?

CHAVAL 2.— Si se cree usted que a mí me importa lo que le diga a mi padre...

Mira, tú, lo siento por la navaja...

SR. FRASQUITO.— ¿No le tienes miedo a tu padre?

CHAVAL 2.— Ni a usted...

SR. FRASQUITO.— No, si yo lo tengo sentenciado. Vais a ser nuestra ruina.

Claro, como ahora no se usa el palo...

(Los dos CHAVALES se han apoyado al sol de la tapia y se hacen los indiferentes.)

SR. FRASQUITO.— ¿Y por qué no vais a trabajar? Vagos, que sois unos vagos...

CHAVAL 1.— *(Al CHAVAL 2.)* ¿Estás oyendo?

CHAVAL 2.— El tranvía y la sirena... No oigo palabras huecas...

SR. FRASQUITO.— ¿No tenéis trabajo, o qué?

CHAVAL 2.— *(Canturreando.)* Mustafá, ah, ah Mustafá...

(El SR. FRASQUITO adopta ahor un aire celestinesco acercándose al oído de los CHAVALES.)

SR. FRASQUITO.— ¿Queréis que os devuelva la faca? ¿Queréis que la cosa quede entre hombres?

(Mirada alterna de los CHAVALES.)

SR. FRASQUITO.— Me limpiáis la bodega y os devuelvo la navaja...

(Ira inusitada de los dos arrapiezos contra el FRASQUITO.)

CHAVAL 1.— Váyase a su tierra a coger esparto...

CHAVAL 2.— A tu tierra, charnego...

SR. FRASQUITO.— Ah, ¿sí? ¿Encima eso? Pues ya varéis, ya... Golfos... *(Va a entrar en el bar, pero todavía intenta otro celestineo.)* Os daba a lo mejor cinco durejos a cada uno...

(Leve movimiento de los CHAVALES. Para dejar más suspense en la cuestión, el sr. FRASQUITO desapareció en el bar.)

CHAVAL 2.— ¿Qué ha dicho?

CHAVAL 1.— Nada.

(Pausa. Más sol. Más tintineos de tranvías. Rotundidad de la mañana primeriza.)

CHAVAL 2.— Le podíamos pedir cinco duros y un paquete de «Ideales».

CHAVAL 1.— Que ni hablar...

CHAVAL 2.— Pues el sr. Fábregas ese no va a venir...

CHAVAL 1.— Que no venga.

CHAVAL 2.— ¿Y tu papi qué?

CHAVAL 1.— ¡Mi papi, na!

CHAVAL 2.— Pues el mío, si se entera de que he amenazado a un tío con un navaja como ésa, madre mía, no quiero ni pensarlo...

CHAVAL 1.— *(Reflexivo.)* Tú no conoces al mío...

CHAVAL 2.— ¿Tu papi? *(Silbido escalofriante y pausa.)* Oye: vamos a hablar de negocios con el sr. Frasquito.

CHAVAL 1.— Que se vaya a Almería a coger esparto...

CHAVAL 2.— Ven. Sígueme. Que hablando se entiende la gente. *(Iniciaba el mutis hacia el bar.)*

CHAVAL 1.— Que no, que así es como esclavizan a los negros del Congo...

CHAVAL 2.— ¿Qué dices del Congo?

CHAVAL 1.— ¡Que nos quiere explotar el tío!

CHAVAL 2.— Cinco duros y un paquete de Ideales por barba. Ésas son las condiciones.

CHAVAL 1.— Y vino a discreción... *(Irresoluto, no se atrevía a entrar.)* Pero no creas que me da miedo mi papi, ¿eh? *(Mutis de los dos CHAVALES en el bar, camino de la esclavitud momentánea. Pausa. Se oye la bocina y un frenazo de un auto, que se supone se ha detenido bajo el barranco. Voces imprecisas, barullo. Portazos y despedidas. A poco aparece por el borde del barranco una tropilla de miserables compuesta por las siguientes personas: la MANUELA, que viene sofocada con una cesta*

tamaño en una mano y un par de pollos en la otra; una muchacha jovencísima de unos diecinueve años. La CARMELA, prima de la MANUELA, muy acicaladita, también con cestas y una como bacalada debajo del brazo. El ANDRÉS, marido de la CARMELA, un mozo, recién terminada «la mili» con una enorme maleta al hombro. Y el ÁNGEL, hermano de ANDRÉS, más o menos de su misma edad, con un enorme lío al hombro, formado por un maletón y un bulto de mantas y colchones.)

MANUELA.— *(Sofocada.)* Ya estamos. Es aquí mismo. Es que estamos sin urbanizar y por eso el «taxis» no puede llegar. ¿Descansamos un poco?

(Todos tiran a la vez los líos al suelo.)

(El SR. FRASQUITO en la puerta del bar; tras él, las cabezas curiosas de los CHAVALES.)

CHAVAL 2.— Vaya un safari...

SR. FRASQUITO.— *(Al CHAVAL 2.)* Niño... *(Ceremonioso, se adelanta al grupo.)* Bienvenida la señora Manuela y compañía.

MANUELA.— *(Presentando también, muy ceremoniosa.)* Muchas gracias, sr. Frasquito. Aquí el sr. Frasquito, paisano, y aquí los primos...

(Ceremonioso apretón colectivo de manos.)

SR. FRASQUITO.— Pues aquí tienen un amigo y un servidor de ustedes. Y si quieren refrescar un momento...

ÁNGEL.— Pues no vendría mal...

MANUELA.— Vamos a dejar los bultos a casa y aluego, en todo caso...

SR. FRASQUITO.— Pues como gusten Uds. Y lo dicho, a mandar...

(Nueva rueda de apretones de mano. Mutis del SR. FRASQUITO y los chicos.)

MANUELA.— A ver si hacemos un poder, y llegamos a casa. Es aquí a la vuelta...

ANDRÉS.— *(Cargándose de nuevo la maleta al hombro, al igual que el ÁNGEL.)* ¡Jozú!

MANUELA.— *(A la CARMELA.)* ¿Te echo una mano?

CARMELA.— No, mujer...

MANUELA.— Pues hale...

(La comitiva africana se adelanta hacia la casa.)

ÁNGEL.— ¿Ya estamos?

MANUELA.— Pues claro... Lo malo es la cuesta..., ahora ya...

(Otra vez los bultos al suelo y general frote de manos.)

MANUELA.— *(Mientras mete la llave en la cerradura.)* Desde aquí se ve toa Barcelona; por la noche es muy majo de ver.

(Las mujeres entran delante y los hombres comienzan a acarrear el equipaje.)

MANUELA.— Un poquito estrechos vamos a estar, de momento...

CARMELA.— Nos arreglaremos como podamos...

MANUELA.— Ese maletón ponlo ahí, en la alcoba... *(El ANDRÉS descarga el maletón en la alcoba.)*

ÁNGEL.— *(Con otro maletón en el hombro.)* ¿Y esto?

MANUELA.— Pues también aquí...

CARMELA.— Huy, chica, va a haber que andar a saltos...

MANUELA.— Tú no te preocupes ahora, maja; ya iremos arreglándonos...

ANDRÉS.— ¿Y los colchones?

MANUELA.— En el comedor...

(Los bultos se amontonan y se produce una verdadera opresión de cosas y seres. La MANUELA no sabe dónde dejar los pollos, y la otra, el bacalao y las cestas. Guirigay de confusiones.)

CARMELA.— Pero, chiquillo, quita eso de delante, que no puedo pasar...

ÁNGEL.— ¿Y dónde lo voy a meter?

ANDRÉS.— *(Con los bultos de las mantas al hombro.)* ¿Dónde echo esto?

MANUELA.— ¿Y qué hago con los pollos?

CARMELA.— *(Al ANDRÉS.)* Pero suelta eso, que pareces tonto, tonto pelao.

ANDRÉS.— A ver si te parto la boca antes de tiempo...

MANUELA.— No arméis lío, que no hay para tanto... Que aquí el personal es muy formal, no vayamos a dar el espectáculo...

(El ANDRÉS, al volverse para dejar el lío de las mantas junto al fogón, se tropieza con el ÁNGEL, que buscaba sitio para las cestas.)

ANDRÉS.— *(Enfadado.)* Desaborío... Delante siempre, como el jueves...

ÁNGEL.— A ver si te meto esto en las narices...

(Mientras los hombres acaban de distribuir el bagaje sepultando sillas y moviendo muebles, la MANUELA y la CARMELA se han sentado en la cama poniendo los pies sobre los maletones. Se quitan los abrigos.)

CARMELA.— Lo que quisiera es lavarme...

MANUELA.— Hay que traer el agua de afuera... Que vaya uno de éstos...

(Los hombres ya se habían reconciliado y liaban un pito, sentados sobre los bultos, ajenos a lo que los rodea.)

CARMELA.— *(Asomándose a la puerta.)* Andrés, Ángel, a ver si traéis un poco de agua....

(Los hombres no le hacen caso. El ANDRÉS se desliaba la bufanda y el ÁNGEL se quitaba el velvetón.)

ANDRÉS.— Jozú, estoy sudando, chaval...

ÁNGEL.— Ya se sabe: llegar a Barcelona y empezar a sudar... Ya lo sabía yo...

ANDRÉS.— Jozú, no seas exagerao...

CARMELA.— *(A la MANUELA, mientras se ponen cómodas también.)* Estoy más guarra... Como no había agua en el váter del tren... Y qué pelos, madre de Dios.

MANUELA.— A ver si luego puedo abrir el armario y te enseño las cosas de seda... Ya verás...

CARMELA.— Esta colcha es muy mona...

MANUELA.— Tengo otra mejor en el armario... Y sábanas bordadas...

CARMELA.— Es muy maja la casa...

MANUELA.— Es muy pequeñita... Pero nos arreglaremos, ¿no? *(Lo ha dicho con dudas.)*

CARMELA.— Será cuestión de poco tiempo... Pero, éstos, ¿no traen el agua?
¡Ángel, Andrés...! *(Salta y va hacia los hombres.)*

ANDRÉS.— ¿Qué pasa?

CARMELA.— ¿Es que vosotros no «se» laváis?

ÁNGEL.— No hay prisa...

CARMELA.— ¡Qué perros sois! *(A la MANUELA.)* ¿Dónde tienes el cubo, Manuela?

MANUELA.— *(Desde la habitación.)* Debajo del fogón estará...

(La CARMELA se agacha para separar las cestas y coger el cubo y el ANDRÉS, risueño, le da un manotazo en la nalga.)

CARMELA.— Anda ya, desaborió...

(Se traban en risueños golpes. El ÁNGEL, como un ídolo oriental, mira indiferente. La MANUELA sale de la alcaoba, saltando siempre por encima de los bultos.)

MANUELA.— Carmela, chiquilla... ¡Huy, qué chiquilla eres! Siempre lo has sido...

(La abraza y la da sonoros besos, siempre correspondida por la otra.)

MANUELA.— Anda, coge el cubo, vente conmigo a la tienda..., y también te enseñaré dónde está la fuente...

CARMELA.— *(Gozosa.)* Vamos... Vamos... *(Se cogen del brazo y salen las dos.)*

(Al salir a la calle coinciden con CHAVAL 2 que saca un barril de cerveza de la bodega haciéndolo rodar por el

borde. Las dos mujeres con oscilante vaiveneo del pom-pis se alejan por la calle de la derecha y el chavalillo con «un ideal entre la oreja» se para a mirarlas.)

CHAVAL 2.— «¡Una paloma blanca, como la nieve...!» (*Cantando. Mutis en la bodega.*)

(El ÁNGEL y el ANDRÉS se han quedado un rato cabizbajos.)

ÁNGEL.— (*Echando una ojeada a la promiscuidad.*) A ver cómo salimos de ésta, tú...

ANDRÉS.— Igual que otros han salido... Mira éste...

ÁNGEL.— A ver qué dice el Paco...

ANDRÉS.— Que diga lo que quiera...

ÁNGEL.— Esta tarde empiezo a buscar trabajo... ¿Dónde pusiste las cartas?

ANDRÉS.— No corras tanto... Ahora descansa... (*Se incorpora un poco y enchufa la radio. Un mambo.*)

ÁNGEL.— ¡Mambooo!

ÁNDRES.— (*Volviendo a la tranquilidad y al «pito».*) Sí, hombre, sí... Calma, hombre, sobre todo calma...

ÁNGEL.— La Manolilla es bien buena...

ANDRÉS.— Un pedazo de pan...

ÁNGEL.— Si fuera verdad eso de que podemos ganar cien duros a la semana...

ANDRÉS.— Y más, también...

ÁNGEL.— Enseguida llamaba a mi chavala y nos casábamos...

ANDRÉS.— No vayas tan deprisa...

ÁNGEL.— Y a buscarnos un rinconcito por ahí... Que aquí no vamos a poder estar mucho tiempo, tú...

ANDRÉS.— Todo el que haga falta...

ÁNGEL.— Que te crees tú eso... El Paco y la Manoli son bien buenos, pero no creas que nos van a aguantar mucho tiempo...

ANDRÉS.— Bueno, bueno..., tú, no empieces a cabrearme de buena mañana...

(Pausa, el ANDRÉS saca un papel del bolsillo.)

ANDRÉS.— Aquí tengo la quiniela, oye... A ver si nos enteramos de toos los resultaos...

ÁNGEL.— ¿Qué le has puesto al Osasuna...?

ANDRÉS.— Empate... Ése está bien... El Valladolid ganaba al Real Sociedad.

ÁNGEL.— Aluego tenemos que ir al bar... Allí sabrán...

ANDRÉS.— (*Incorporándose.*) Podemos ir ahora...

ÁNGEL.— Espera que vengan las mujeres...

ANDRÉS.— ¿Para qué?

ÁNGEL.— Se habrá llevao la llave, la Manoli...

ANDRÉS.— (*Que ha vuelto a sentarse.*) Mira que si ganara... Esta misma tarde a buscar casa...

ÁNGEL.— Casa hay que buscarla de todas maneras... Y si no casa, una habitación con derecho a cocina...

ANDRÉS.— Lo bien que nos vendrían cincuenta mil duros.

ÁNGEL.— Ya no teníamos que tener miedo de volvernos para allí abajo.

ANDRÉS.— (*Airado.*) ¿Volvernos? Ni hablar... ¿Para qué dices esa pijada...?

Volver. ¡Volverás tú, desgraciao!

ÁNGEL.— Pues no creas que me disgustaría volver allí abajo, con dinerillo...

ANDRÉS.— Estás hablando de volver y todavía no sabes lo que es Barcelona.

Donde esté Barcelona, que se quite todo... Ésta es nuestra tierra, y no aquélla.

ÁNGEL.— Pues otros no dicen lo mismo...

ANDRÉS.— ¿Otros? ¿Qué otros? Serán tus compinches, muertos de hambre, vagos... que no tienen donde caerse muertos...

ÁNGEL.— (*Canturreando para no hacerle caso.*) «Por qué se viste de luto, con esos ojos de flor..., tralalá... Ay, campanera...»

ANDRÉS.— Es que si sé que me vas a dar el viaje, no vengo contigo. ¡Que me has dao un viaje que pa qué! Tú lo que harás es no dar golpe aquí, como allí... Como si no te conociera...

ÁNGEL.— A ver si te ocupas de tus asuntos.

ANDRÉS.— No creas que voy a alimentar vagos. Que ya se ha visto... Yo vengo de la mili con el permiso de conducir, y tú más cateto que cuando te fuiste.

(El ÁNGEL se calla y el ANDRÉS expulsa el humo con rabia. Por la esquina vuelven la MANUELA y la CARMELA.)

Una con la cesta llena de paquetes, la otra con el cubo de agua. Hacen ademán, en la vuelta de la calle, de despedirse de alguien.)

MANUELA.— Gracias, señora Ramona...

CARMELA.— Y lo dicho, el gusto es mío...

(Se detienen ante la puerta. La MANUELA busca la llave en la cesta.)

MANUELA.— Ésta es la madre de aquel chico que vimos en la estación...

CARMELA.— ¿Aquel que iba con el otro?

MANUELA.— Sí, estoy segura de que me vio y se hizo el tonto... La madre dice que ha ido a la fábrica y yo juraría que le he visto tomar el tren. No he querido decirla nada... Están los hombres como locos.

(Abre la puerta y entran.)

MANUELA.— *(Al ver cabizbajos a los hombres.)* ¿Qué os pasa? ¿Os habéis peleao, o qué?

CARMELA.— *(Un poco malhumorada ante la estrechez de la casa.)* A ver si me dejáis pasar con el cubo... No me echaréis una mano, no...

ÁNGEL.— ¡Trae acá!

(La MANUELA va sacando paquetes.)

MANUELA.— A ver si me dejáis sitio en la mesa, que vamos a almorzar... Tendréis gana, ¿no?

CARMELA.— Yo comí en el tren. ¿Dónde tienes la palangana?

MANUELA.— Por ahí estará... Búscala chica, que no voy a decirlo yo todo... ¿Os gusta el bacalao? ¿Y las sardinas arenques?

ANDRÉS.— *(Que ha salido un momento de su malhumor.)* Entonces habrá que ir a por vino, ¿no?

ÁNGEL.— Eso ni se pregunta...

MANUELA.— Sí, ve por vino. ¿Sabes dónde es, no?... ¿Quieres dinero?

ANDRÉS.— *(Un poco enfadado.)* A ver si te crees que hemos venido sin dinero...

MANUELA.— Bueno, bueno, yo lo pregunto nada más...

ANDRÉS.— Claro que llevo dinero, mujer...

MANUELA.— Jesús, qué modales; yo lo pregunto nada más.

CARMELA.— *(Que ha puesto la palangana sobre una silla y se moja la cara.)*

No le hagas caso, mujer...

ANDRÉS.— Lo que hace falta es la botella, el envase, el recipiente... para el vino.

ÁNGEL.— ¿No ves ahí esas botellas? *(Señala la repisa.)* Pues cualquiera de éstas, ¿no?

MANUELA.— Sí, hombre... Aquí nunca falta el vino... Ayer se acabó la garrafa... Luego mandaré traer otra... *(El ANDRÉS sale con las botellas, cruza la calle y se mete nervioso en la bodega.)* Carmela, hija, a ver si me ayudas a cortar el bacalao y a colocar esto en orden...

CARMELA.— Ya voy, mujer, no seas impaciente...

(El ÁNGEL arregla un poco el mobiliario dejando expedita la mesa.)

ÁNGEL.— Aquí vamos a dormir como en la mili. En el campamento nos liábamos a trompazos por un trocito de suelo para dormir...

MANUELA.— *(Riéndose.)* Entre personas decentes no hay necesidad de peleas...

CARMELA.— *(Que va a ayudar a MANUELA.)* Huy, apaga esa radio, que se mete el ruido en las sienas...

MANUELA.— Andá, pues ya verás cuando los vecinos pongan su aparato a las tantas de la noche y no te dejen dormir...

CARMELA.— Pues para mis nervios, hija...

(El ÁNGEL ha bajado la radio y escucha pegado a ella, bailoteando el cuerpo.)

CARMELA.— ¿Y para qué tanto? Si yo no tengo apetito, mujer...

MANUELA.— Tú no, pero éstos... Trae un plato de la alacena... Y el pan que está en la cesta...

(Mientras la CARMELA va a cumplir el encargo, la MANUELA se dirige al ÁNGEL.)

MANUELA.— Y tú, ¿qué plan traes?

(Pausa. El ÁNGEL ni se inmuta.)

ÁNGEL.— ¿Qué?

MANUELA.— Que digo que si ya tienes algún plan...

ÁNGEL.— ¿Plan?

MANUELA.— Que si ya vienes a un sitio fijo. ¿O qué?

ÁNGEL.— Ah..., sí... Traigo unas cartas de recomendación que me dio un teniente para un amigo suyo, que tiene una fábrica...

CARMELA.— *(Que trae un plato y comienza a cortar el pan.)* Estuvo toda la mili de asistente de un teniente... Le quería mucho, ¿verdad?

ÁNGEL.— A veces...

MANUELA.— Pues mira, a lo mejor te sale una buena colocación...

ÁNGEL.— Estoy seguro de que sí...

CARMELA.— Es que allá abajo... a los hombres se les quitan las ganas de trabajar... Como ganan jornales de hambre...

MANUELA.— Pues aquí el que quiere ganar, gana... Ahora, que hay que currelar...

ÁNGEL.— Pues si hay que currelar, se currela, ¿no?

MANUELA.— Bueno, ya está todo... ¿Y el vino? Anda, ése se ha quedao en la bodega.

CARMELA.— Mira, hablando del ruin de Roma...

(Efectivamente, ANDRÉS entraba cabizbajo con las botellas de tinto.)

MANUELA.— Huy, qué cara trae ése... ¿Es que te han hablao en catalán?

(ANDRÉS no dice nada... Ha dejado las botellas sobre la mesa.)

ÁNGEL.— No, hombre, no... Las quinielas.

CARMELA.— *(Riéndose.)* Las quinielas... Otra vez será, muchacho...

MANUELA.— Pues hala, a alegrarse y a trabajar. *(Señalando el bacalao y las sardinas.)* Espera..., que voy a traer una cosa... *(Saltando va a la alace-*

na y saca un porrón, que todos miran con cierta curiosidad, lo llena y es la primera en hacer un trago.) Así, así beben los catalanes...

ANDRÉS.— A mí déjame de líos y dame un vaso... O si no, en la botella; así...
(Se echa un trago de la botella.)

CARMELA.— Huy, será cochino...

MANUELA.— *(Que se echa a reír.)* Déjalo, mujer..., aquí; en casa uno hace lo que le da la gana...

ÁNGEL.— Aquí cada uno es libre. *(Coge un tasajo de bacalao y se lo come.)*

CARMELA.— *(Riéndose.)* Mira, el otro...

MANUELA.— *(Otro lingotazo del porrón.)* A alegrarse de que la vida es corta.

(Todos beben y comen, mientras descende el telón.)

ACTO II

Rotunda mañana de sol veraniego. Delante de la taberna del SR. FRASQUITO hay colocadas dos o tres mesas de madera, con varias sillas, para gozar de la sombra cálida que derrama un improvisado sombrero y satisfacer la vista con la panorámica de la ciudad, que a las diez de la mañana ofrece la nebulosa pálida de torres y tejados. La terraza, sin embargo, está poco concurrida; sentado a una mesa, delante de un quinto de cerveza, un muchacho, moreno y patilludo, vestido de LEGIONARIO contempla ensimismado la lejanía de la ciudad. En la puerta, provisto de pincel y pintura, el CHAVAL 2 que habíamos visto en el acto 1.º, ataviado con un mandil, pinta en el cristal de la puerta letreros que dicen: «Tapas variadas», «Cerveza Dam», «Boquerones», «Calamares», «Café-café», etc. De vez en cuando se aleja unos pasos para contemplar su obra de arte, ya que pinta también botellines y figuras que quieren ser calamares y sardinas... En la casa del SR. PACO, la MANUELA, vestida de verano, retira las colchonetas donde se supone han dormido el ANDRÉS y la CARMELA en la misma habitación del matrimonio, que ahora divide una cortina. La CARMELA en el comedor-cocina, muy afanada, planchando. Lleva una bata ligera, a cuyo través se adivinan señales de un avanzado embarazo. En el rincón que hay entre la mesa y la cocinilla, una colchoneta extendida en la que reposa todavía el ÁNGEL, semitapado por una sábana, de la que emerge parte de su torso vestido con una camiseta. La CARMELA, según la obliga el movimiento del planchado, tiene que saltar por encima del durmiente, que ronca ostensiblemente.

(La MANUELA, una vez termina de recoger las colchonetas de la habitación, pasa a la otra estancia y se cruza de brazos, ante el espectáculo del muchacho dormido.)

MANUELA.— Pero oye, Carmela..., ¿es que no vas a despertar a ése?

CARMELA.— Es más gandul...

MANUELA.— Que son más de las diez, chica. Y hay que arreglar todo esto...
¡Qué leonera, Madre de Dios, cuánta porquería...! ¡Qué harta estoy...!

CARMELA.— *(Bajando la cabeza, va hacia donde duerme el ÁNGEL y le da suavemente con el pie. La MANUELA, que está de malas, ha salido con el cubo y en chancas de la casa. Vencida, lentamente, se fue por la calle de la derecha a por agua.)* Ángel, levántate, hombre... ¡Levántate ya!
(El ÁNGEL se incorpora y se restrega los ojos.)

ÁNGEL.— Ya voy, chalada, ya voy... No le dejáis a uno siquiera un domingo...

CARMELA.— *(Cáustica.)* Un domingo... Para ti todos los días son domingo...

(El ÁNGEL, sin hacer caso de la CARMELA, hace unos leves movimientos gimnásticos sobre la colchoneta.)

CARMELA.— No sé cómo no te da vergüenza. Nos estás amargando la vida... Por tu culpa nos vamos a tener que ir de esta casa... Y de Barcelona... Vamos, que se dice pronto, cuatro meses y medio y todavía sin encontrar trabajo fijo... No sé que te has creído... Y a vivir de la sopa boba... Pues te advierto que la Manoli está contigo hecha una loba... Y con razón...

(El ÁNGEL se ha metido los pantalones bajo la sábana con estilo y pudor y se aprieta el cinturón, mostrando su torso bajo la camiseta, aunque sin exhibicionismo ninguno.)

CARMELA.— *(Muy atenta a la plancha.)* Mira, Ángel, tienes que tomar una determinación...

(El ÁNGEL se inclina sobre ella y le coge la cara.)

CARMELA.— Déjame ahora... No vengas con las zalamerías de siempre...

ÁNGEL.— Pero no seas boba, chiquilla...

(Antes de que ella pueda defenderse —que tampoco hacía mucho por defenderse—, el ÁNGEL le ha plantado un sonoro beso en la mejilla.)

CARMELA.— Sinvergüenza... Eres un sinvergüenza... ¿No te da vergüenza besar a la mujer de tu hermano?

(El ÁNGEL se ríe e intenta darle otro beso. La CARMELA enarbola la plancha.)

CARMELA.— Que te doy con la plancha... Que te «escalabro», Ángel. Que estoy harta de ti, para que lo sepas... Vago, más que vago... Déjame...

(El ÁNGEL la deja por fin y vuelve a estirarse de brazos.)

CARMELA.— Y enrolla la colchoneta. Y deja todo en orden. Y quita esa porquería de delante... *(El ÁNGEL ahora busca en la alacena. La CARMELA, al verlo, cierra de golpe.)* Y no hagas tonterías... Lárgate... Luego no quiero líos..., que ya estoy harta de defenderte... ¿Te acuerdas lo que te dije el otro día, no? Pues ya lo sabes. El Andrés me ha cascado una vez por tu culpa... Y no lo va a hacer dos veces...

ÁNGEL.— A ése quien le va a cascar voy a ser yo. Y muy prontito...

CARMELA.— Huy, ya te librarías muy bien... Estaría bueno, encima que te tenemos por misericordia...

ÁNGEL.— *(Un poco enfadado.)* Anda ya, tonta, que eres más tonta...

CARMELA.— Mira, Ángel, no quiero ni verte, pa que lo sepas... Ya está..., déjame, que tengo que planchar... Lárgate...

(El ÁNGEL se sienta en una silla, irresoluto.)

ÁNGEL.— A lo mejor, de aquí a una semana estáis todos conmigo que no sabéis que hacerse...

CARMELA.— Huy, sí... La historia de siempre..., las quinielas..., la lotería... Los hombres, ahora, no hacéis más que soñar y dormir. O las dos cosas a la vez, que viene a ser lo mismo...

ÁNGEL.— Pues ¿qué querías?, ¿que siguiera trabajando en el almacén por 35 pelas diarias...? Para eso me largaba al pueblo...

CARMELA.— Pues mira, sería la gran solución, ya ves tú...

ÁNGEL.— (*Mirándola con arrobó.*) Qué maja estás, Carmeliya, a pesar de eso que llevas en la barriga...

(La CARMELA se echa a reír, a pesar de todo.)

CARMELA.— Anda allá, bárbaro..., qué bruto eres, Dios mío. (*Sigue riéndose.*)

ÁNGEL.— Como me entere de que el Andrés te casca..., le abro en canal...

Mira. (*Saca una navaja.*)

CARMELA.— (*En voz baja y lúgubre.*) Guarda eso, chaval... Huy, qué canalla eres... Si por ti fuera, salíamos en *Caso*..., ¡burro...!

ÁNGEL.— Es que cuando los hombres equivocan el camino... ¡Ay!, cuando los hombres equivocan el camino...

(Se guarda melancólico la navaja.)

CARMELA.— Lo que deberías hacer es irte a dar un chapuzón en la fuente..., que tienes una cara que da asco verte, hijo... Y no es por alabarte...

ÁNGEL.— ¿Y la Manuela? ¿Se ha ido a misa...? Oye: dame algo. Un poco de pan...

(La CARMELA se pone a planchar y lo mira con ternura y repugnancia a un tiempo.)

CARMELA.— Acabarás pidiendo limosna...

ÁNGEL.— A ti te pediría... hasta...

(La CARMELA, más bien para librarse de la acometida, va a la alacena y corta un trozo de pan y un cacho de chorizo y se lo da deprisa.)

CARMELA.— Anda, esconde eso y vete...

ÁNGEL.— ¿Nada más? (*Intenta besarla otra vez.*)

CARMELA.— Que te doy un planchazo que te rompo la crisma... Ángel...

(La MANUELA vuelve, doblada por el peso del cubo. Abre la puerta. El ÁNGEL ha tenido tiempo de esconder la pizanza. Pero se nota algo en la actitud de él y de la chica. La MANUELA se detiene un momento y deja el cubo, perpleja. El ÁNGEL sale deprisa, sin mirar a la otra, y se dirige hacia el bar. La MANUELA mira a la CARMELA, que plancha deprisa, un poco sofocada, y luego coge el cubo, se mete en la habitación, cierra la puerta y se arrodilla a fregar el suelo, llena de rabia y resignación.)

(El ÁNGEL se sienta en la mesa contigua a la del LEGIONARIO, luego de haberlo observado con cierta curiosidad y extrañeza. Saca del bolsillo el pan y el chorizo y se pone a comer con cierta melancolía. El CHAVAL 2, ahora camarero, se acerca arreglando sillas, con disimulo, pero al fin se vuelve al interior.)

ÁNGEL.— *(Al LEGIONARIO.)* Pues hoy también va a hacer calor...

LEGIONARIO.— *(Sin volverse apenas, abstraído.)* Sí...

ÁNGEL.— *(Luego de una pausa.)* Jozú, qué calor va a hacer hoy...

(Ante el mutismo del LEGIONARIO, el ÁNGEL se calla enormemente entristecido.)

(Aparece el CHAVAL 1 del acto anterior. Viste camisa negra y un pantalón tejano. El aire de golfo que tenía antes se ha endurecido ahora. El ÁNGEL, alborozado, le llama como si fuera la salvación esperada para salir de la melancolía que le ha sobrevenido repentinamente. Pero el CHAVAL se ha plantado delante del LEGIONARIO, a quien reconoce como a un compinche.)

CHAVAL 1.— *(Al LEGIONARIO.)* Pero hombre... ¡Tadeo...!

LEGIONARIO.— *(Alegre, abraza al CHAVAL. Abrazo apretado y varonil.)* Macho, macho...

CHAVAL 1.— ¿Qué haces aquí?

LEGIONARIO.— De permiso, chaval...

(El ÁNGEL está de pie, junto a ellos. El CHAVAL hace las presentaciones.)

CHAVAL 1.— ¿No os conocéis vosotros? Aquí mi amigo Tadeo... Aquí el Ángel... *(Apretón de manos, ceremonioso.)*

LEGIONARIO.— ¿Qué queréis beber?

CHAVAL 1.— Di a ése que traiga un quinto...

ÁNGEL.— Eso...

LEGIONARIO.— *(Llamando.)* ¡Chicooo!

(Aparece el CHAVAL 2, que se acerca ceremonioso a la mesa. El CHAVAL 1, antiguo compinche, ni le mira.)

CHAVAL 2.— A la orden...

LEGIONARIO.— Trae tres medianas...

CHAVAL 1.— Que estén bien fresquitas...

CHAVAL 2.— ¿Algo de tapas?

LEGIONARIO.— ¿Qué tienes por ahí?

CHAVAL 1.— ¿Qué quieres que tengan?

(El CHAVAL 2 no hace caso, aunque no puede evitar un ligero golpe en el codo del CHAVAL 1, aprovechando que limpia la mesa.)

CHAVAL 2.— Hay olivas, berberechos, calamares, sardinas a la plancha, «músculos», bacalao, callos, anchoas...

LEGIONARIO.— Tráete unas raciones de callos...

CHAVAL 1.— Pero ya están aquí volando...

CHAVAL 2.— En cohete supersónico...

CHAVAL 1.— *(Mientras observa cómo el diligente camarero desaparece.)* Ése se ha creído que está en la Diagonal, tú. Le tengo una tirria... Bueno, hombre, bueno... ¿Y qué? ¿Cómo va eso? Pero chaval, estás que ni te conoce la madre que te parió... Vaya un legionario... A mí cuando me lo

dijeron, no me lo creía, tú... El Tadeo legionario... (*Al ÁNGEL.*) Si hubieras conocido a éste... Menuda pinta...

LEGIONARIO.— (*Melancólico.*) Eran otros tiempos...

CHAVAL 1.— Es que pareces un argelino...

LEGIONARIO.— Cerca de aquellas tierras ando...

CHAVAL 1.— ¿En Argelia?

LEGIONARIO.— A la vera, como aquel que dice: en Chafarinas...

CHAVAL 1.— ¿Y eso qué es?

ÁNGEL.— (*Aprovechando rápido para meter baza.*) Unas islas que hay cerca de Melilla.

LEGIONARIO.— Eso es. ¿Es que conoces aquello?

ÁNGEL.— Hice la mili en Melilla...

LEGIONARIO.— Desde allí oíamos la guerra de Argelia...

CHAVAL 1.— Jozú, qué tío... Y de mujeres, ¿qué?

LEGIONARIO.— (*Lacónico y expresivo.*) La gloria...

ÁNGEL.— Vaya mujerío el de aquel país...

LEGIONARIO.— Canela en rama...

CHAVAL 1.— Entonces ¿te vas a reenganchar?

LEGIONARIO.— A lo mejor...

CHAVAL 1.— ¿Y hasta cuándo vas a estar aquí?

LEGIONARIO.— Tengo un mes de permiso. Pero en Barcelona me estaré una semana... Luego me voy a Cartagena...

CHAVAL 1.— ¿Habrás venido a ver a la Rosi?

LEGIONARIO.— (*Airado.*) ¿Quién, yo?

CHAVAL 1.— ¿Entonces has venido a ver a tu papi?

LEGIONARIO.— A ése, si le veo..., si le veo..., lo... (*Da un pequeño puñetazo sobre la mesa, presagiando cosas terribles, que hacen enmudecer a los otros.*)

CHAVAL 1.— Bueno, tú cuenta... Pero ¿y el servicio? ¿Dónde está el servicio?

(*Da grandes palmadas. Aparece el CHAVAL 2, con la bandeja y el servicio.*)

CHAVAL 2.— (*En catalán y con mala intención.*) No tingueu tanta pressa, home...

CHAVAL 1.— ¿Habéis oído?, pero si nos está hablando en catalán, este... (*A los otros.*)

CHAVAL 2.— *(Sin hacer caso.)* Los callos calentitos...

CHAVAL 1.— ¿Desde cuándo hablas catalán?

CHAVAL 2.— Servidor de ustedes. *(Se va ceremonioso.)*

CHAVAL 1.— A mi me revientan estos tíos, tú... Maricas de la cabeza... Mira tú el tío...

ÁNGEL.— *(Acometiendo la cazuela de callos.)* Bueno, come y calla...

(Comen un rato y beben a morro de los botellines de cerveza.)

CHAVAL 1.— Y la cerveza, caliente, tú...

LEGIONARIO.— Para cerveza, la de Málaga... Y para callos, en Madrid...

CHAVAL 1.— Porque aquí en Barcelona no hay más que maricas... como ése..., charnegos...

ÁNGEL.— En el tercio acabaremos todos..., oye. *(Lo ha dicho al LEGIONARIO.)*

LEGIONARIO.— Aquello no es lo que era... El Tercio ya no es el Tercio... Ahora ya no hay hombres...

CHAVAL 1.— ¿Ni en el tercio?

LEGIONARIO.— Na..., niñatos...

ÁNGEL.— A mí lo que me gustaba es aquel clima...

LEGIONARIO.— Pero el Tercio ya no es nada...

CHAVAL 1.— ¿Y cuánto os pagan ahora?

LEGIONARIO.— Dos duros diarios...

CHAVAL 1.— Y eso que tú estabas bien aquí. ¿Cuánto te sacabas de limpia-botas?

LEGIONARIO.— Aquí no vuelvo ni aunque me aten... Si viniera aquí, hacía una barbaridad... Porque un día me encuentro a mi padre...

CHAVAL 1.— Entonces, ¿por qué contra has venido, chaval?

LEGIONARIO.— ¡Y yo qué sé!

ÁNGEL.— *(Ceremonioso.)* Será para ver a los viejos amigos...

CHAVAL 1.— Yo, en cuanto haga la mili, me largo a Francia...

ÁNGEL.— Vete voluntario a la Legión.

CHAVAL 1.— Que se me ponga en la cabeza y me largo con el Tadeo...

LEGIONARIO.— Aquello ya no es lo que era...

ÁNGEL.— Pero, bueno, ¿qué quieres decir con todo eso?

LEGIONARIO.— No sé explicar... Antes se iban al Tercio los hombres desesperaos de la vida... Y eran hombres, ¿no? Ahora ya no hay hombres desesperaos.

CHAVAL 1.— Hay que ver las vueltas que da el mundo...

ÁNGEL.— Ahora la solera del ejército son los paracaidistas...

LEGIONARIO.— (*Airado.*) ¿Los «paras»? Si éstos son todos de Acción Católica...

ÁNGEL.— Te diré chaval... Para tirarse con un chisme de esos se necesita...

LEGIONARIO.— Se conoce que tú ni te subes al tranvía en marcha, siquiera...

ÁNGEL.— ¿Yo? Bueno...

CHAVAL 1.— (*Que ha sacado un paquete de Ideales.*) Bueno, no pegarse ahora y echad un pito...

LEGIONARIO.— (*Amoscado.*) Va y se pone que los paras...

(Mientras tanto, la terraza se ha ido llenando de público. Parejas de novios que van endomingadas y risueñas.)

LEGIONARIO.— Quita de ahí ese tabaco... Aquí traigo de lo bueno..., flor de Cuba...

CHAVAL 1.— Así se hace, macho...

LEGIONARIO.— Y aquí tengo doscientos duros para gastármelos como un hombre con los amigos...

CHAVAL 1.— Mejor que mejor...

LEGIONARIO.— Ahora, que mis amigos tienen que ser echaos pa delante...

CHAVAL 1.— Eso, como yo.

ÁNGEL.— Yo hablaba por lo que he oído...

LEGIONARIO.— Hay mucha ignorancia en estas cuestiones...

CHAVAL 1.— ¿Va en serio lo que has dicho de las mil pelas?

LEGIONARIO.— Aquí las tengo. (*Hace ademán de abrirse el bolsillo de la sahariana.*) Y las quemó en una hora...

CHAVAL 1.— La vamos a armar por todo lo alto, macho...

LEGIONARIO.— Pero no quiero aguafiestas...

CHAVAL 1.— (*Echándole el brazo sobre el hombro al LEGIONARIO.*) Hombres como tú quedan pocos, macho... Lo que tenemos corrido juntos...

(Llegan ahora el ANDRÉS, que viste uniforme de tranvía, y el PACO muy endomingado, con corbata y todo, y zapatos lustrados.)

ÁNGEL.— *(Al ver a los otros, que ni le han saludado siquiera.)* Andá, lo que faltaba, tú.

CHAVAL 1.— ¿Tu familia?

ÁNGEL.— Ahí los tienes... *(Al LEGIONARIO.)* Pues mira que te advierto que un servidor está dispuesto a todo.

LEGIONARIO.— De cobardes nunca se ha escrito nada...

ÁNGEL.— Es que eso estoy dispuesto a discutirte donde quieras...

CHAVAL 1.— ¿Es que vais a pelearse ahora, o qué?

ÁNGEL.— *(Que está muy enfurruñado.)* Y habla más bajo, tú, que nadie tiene por qué enterarse de lo que no le importa.

LEGIONARIO.— ¿No te digo?

(El ANDRÉS y el SR. PACO, muy aburguesados y muy circunspectos, se han sentado en una mesa cercana a la de los granujas, después de haber descubierto al ÁNGEL. El CHAVAL 2 se acerca solícito a servirles.)

PACO.— *(Al ANDRÉS.)* ¿Qué quieres, tú?

ANDRÉS.— Una pesicola.

PACO.— Y otra para mí; fresquitas...

CHAVAL 2.— Del polo...

(Le llaman de otra mesa. El LEGIONARIO, mientras, ha abierto la cartera.)

LEGIONARIO.— ¿Qué se debe aquí, chaval?

CHAVAL 2.— Son doce..., y tres de callos..., veintitrés pesetas.

LEGIONARIO.— *(Dándole un billete de veinticinco.)* Ahí tienes y quédate con la vuelta.

CHAVAL 1.— *(Saltando.)* Pero ¿es que un legionario como tú va a dejar que le roben?

CHAVAL 2.— *(Saltando al fin.)* ... Y te parto la boca a ti, verás...

CHAVAL 1.— ¿A quién? ¿A mí? ¿Tú? ¿De qué?... Pero...

LEGIONARIO.— *(Dándole un cachete al CHAVAL 1 en el cogote.)* Vamos, tira palante, tú, a ver si voy a cabrearme...

(Los dos CHAVALES se miran con ira casi secular. El ÁNGEL pasa por delante de la mesa de los parientes y es observado por éstos con altanera mirada asesina; desaparecen los tres compadres en busca de otra tasca.)

ANDRÉS.— *(Al CHAVAL 2, que recoge malhumorado los trastos de la mesa que han abandonado los otros.)* Niño, ¿vienen esas pesicolas?

CHAVAL 2.— Volando...

(Pausa. Los dos compadres sacan tabaco.)

ANDRÉS.— *(Al PACO.)* Será desgraciao el tío...

PACO.— ¿Qué sabe él?

ANDRÉS.— Pero es que un día se me va a subir la sangre a la cabeza y voy a hacer una barbaridad, Paco, una barbaridad...

PACO.— Es la juventud de ahora, ni más ni menos...

ANDRÉS.— ¿Qué juventud ni qué narices? Un sirvengüenza que quiere vivir a costa de los demás..., y encima camelándose a la Carmela... Que no se ponga delante de mi vista... Eso es lo que hace falta...

(Llega el CHAVAL, con las pepsi-colas.)

CHAVAL 2.— *(Mientras abre las botellas.)* ¡Jozú, qué calor!

PACO.— *(Al ANDRÉS.)* Mira, éste sí que es otra cosa... Quién te ha visto y quién te ve, Jardín Botánico...

CHAVAL 2.— La necesidad, sr. Paco...

PACO.— Llámale hache... Pero se conoce que tienes la cabeza sobre los hombros... Al sr. Frasquito tienes que agradecerlo...

CHAVAL 2.— No me hable usted del sr. Frasquito... No me hable usted. *(Contestando a la llamada de un nuevo cliente.)* Voy volando...

ANDRÉS.— No tiene perdón, hombre... Desengáñate, Curro; aquí, en Barcelona, el que no trabaja es porque no quiere..., y nada más..., que lo llevan en la sangre...

PACO.— Tampoco tienes que atosigar al chico...

ANDRÉS.— Si te parece, le seguiré manteniendo... Pues en mi casa..., bueno, en la tuya, no le quiero...

PACO.— Mira, Andrés, más vale tener paciencia; se logra más con buenas razones que con intemperancias...

ANDRÉS.— ¿Buenas razones ése? No me hagas reír...

PACO.— Con violencia nada se arregla, te lo digo yo... Todo lo que no le entre a uno por el «cirebro» es cosa perdida...

ANDRÉS.— ¿«El cirebro»? No me hagas reír, chaval... Si yo soy como soy, vamos, quiero decir honrao, a mi padre se lo debo.

PACO.— (*Sorbiendo de la botella.*) No me digas.

ANDRÉS.— Sí señor. A mi padre que en gloria esté. El pecado de la juventud de ahora es la falta de educación... Si yo soy como soy, es gracias a las tundas que me dio mi padre... En cambio el Ángel, que era el mimao de su madre, ni tocarle un pelo de la ropa. Total, que él ha salido perdido y yo honrao, ya ves tú...

PACO.— A ver si vas a salir con complejos de esos...

ANDRÉS.— Que sí... Que todo se lo consentían de niño, supongo que por bonito..., aunque de bonito no tiene nada... Y a mí me arreaban cada leñazo que me doblaban... Ahí tienes el resultado, Paco...

PACO.— Hay que comprenderse como hermano, y máxime siéndolo como lo sois ustedes...

ANDRÉS.— Tú eres muy bueno, Paco... Y, ya se sabe, al bueno le llaman tonto...

PACO.— Al Ángel tienes que hablarle despacio...

ANDRÉS.— ¿Hablarle? Ya verás cuando me líe con él...

PACO.— Y es que los españoles semos irreconciliables... Ni hermanos, ni padres, ni ná...

ANDRÉS.— El que sale honrao, sale honrao..., y el que sale podrío sale podrío...

PACO.— Como los melones...

ANDRÉS.— Pues eso...

PACO.— El defecto de los españoles es ése: el individualismo...

ANDRÉS.— Mucho chulo es lo que hay... Y los demás tenemos que mantenerlos... Y yo no, Curro, que mira (*Se señala el uniforme.*) que hasta los domingos me tienes de servicio... Todo para la Carmela... Y lo que tiene que venir...

PACO.— Por ahí..., por ahí está la vida...

ANDRÉS.— No me hables... Que cuando pienso en la vida que le espera al chaval... y que a lo mejor me sale rana como mi hermanito...

PACO.— Lo que te pasa es que piensas demasiao...

ANDRÉS.— Que soy demasiao honrao, Curro, y eso en estos tiempos es un atraso, te lo digo yo... Pero ¿qué pensará el golferas de mi hermano? Ahí le tienes de juerga con esos granujas... Y los demás partiéndonos el pecho en la trinchera... Que hay que acabar con los vagos, Curro...

(Aparecen ahora la MANUELA y la CARMELA. La MANUELA lleva una bolsa de red con dos botellas y un sifón. Han salido a comprar vino a la tasca y, de paso, a dar una vuelta por el barrio.)

MANUELA.— *(Plantándose delante de los dos hombres.)* Anda, mira tú éstos... ¿Los habrá sinvergüenzas?

PACO.— *(Levantándose ceremonioso.)* Hola, chata...

MANUELA.— Pero qué sinvergüenzas de hombres... ¿Has visto? Nosotras en la casa, tirándonos por las paredes, y ellos aquí sentaditos...

PACO.— Sentarse, hombre... ¡Chicoooo!

MANUELA.— *(Furiosa.)* En un domingo... No son capaces de llevarnos a dar un paseo y se vienen aquí, al bar... Pero qué sinvergüenzas...

CARMELA.— Bueno, mujer, déjalos...

ANDRÉS.— Gritar más alto para que se entere todo el mundo... ¿Es que no podemos tomar un refresco u qué?

PACO.— *(Se ha levantado y ofrece su silla a la CARMELA, en vista del embarazo.)* Anda, Carmelilla, siéntate... A ver si ese niño trae más sillas... ¡Chicoooo!

(La CARMELA se sienta y la MANUELA clava la vista en ANDRÉS, que sigue sentado.)

ANDRÉS.— *(A la CARMELA.)* Tú lo que tienes que hacer es marcharte a casa..., que aquí no tienes nada que hacer... Venga, lárgate...

PACO.— Deja que tome un refresco...

ANDRÉS.— No me da la gana... Se lo llevaremos nosotros a la casa...

(La CARMELA asustada intenta levantarse.)

MANUELA.— *(Muy jarifa, sujetando a la CARMELA por los hombros, para que no se levante.)* Di que no, mujer..., que también nosotras tenemos derecho...

ANDRÉS.— *(Furioso.)* Que te tengo dicho que no te metas en nuestros asuntos...

MANUELA.— *(Dejando las botellas sobre la mesa.)* Me da la gana de meterme, pa que lo sepas..., que estoy muy harta...

PACO.— Pero mujer..., mujer.

MANUELA.— *(Lloriqueando.)* Que estoy muy harta..., que no puedo más..., que no tenéis vergüenza..., que no os acordáis de nosotras ni para...

PACO.— Venga, mujer, anda...

(El ANDRÉS ha seguido sentado.)

ANDRÉS.— *(Levantándose.)* Venga, vamos... Vamos a casa...

MANUELA.— *(Sentándose deprisa en la silla que ha dejado ANDRÉS.)* Vete tú. A mí no me da la gana...

ANDRÉS.— *(Cogiendo por el brazo a la CARMELA.)* Hala..., a casa...

MANUELA.— A casa..., a casa... A casa de tu prima será...

ANDRÉS.— ¡Mecachis en mi suerte! Mira, Manuela, que...

PACO.— *(Llamando a grandes voces al chico, para acallar el escándalo.)*
¡Chicooo...! *(Aparece el CHAVAL.)*

CHAVAL 2.— Voooooy...

ANDRÉS.— *(Porfiando con CARMELA.)* Que nos vamos a casa, te digo...

PACO.— No seas burro, Andrés... Deja que la chica tome un refresco...

ANDRÉS.— No me da la gana... En mi mujer mando yo...

CHAVAL 2.— ¿Qué va a ser?

(La CARMELA, llorando, se levanta.)

PACO.— *(A ANDRÉS.)* No seas así, hombre... *(Al CHICO.)* Tráete cuatro quintos...

MANUELA.— *(A ANDRÉS.)* Valiente sinvergüenza... No tienes de hombre ni tanto así...

(El ANDRÉS se lleva a la CARMELA arrastrando casi. La MANUELA coge las botellas de encima de la mesa, que están a punto de romperse.)

CHAVAL 2.— ¿Cuatro quintos?

PACO.— *(Sentándose cabizbajo.)* No, hombre, trae dos nada más...

MANUELA.— Y llena las botellas de vino tinto..., y un sifón... *(El CHICO se va.)*

PACO.— Mira que eres... Hay que ver como eres...

MANUELA.— Me da la gana... Estoy harta...

PACO.— Tú tienes la culpa, que fuiste tú quien los trajiste...

MANUELA.— ¿Yo? ¿Ahora vas a decir que soy yo? No, si yo tengo la culpa de todo...

PACO.— Vamos a tener la fiesta en paz...

MANUELA.— Que desde que estás con el sinvergüenza ese, no pones lo pies en casa.

PACO.— Pero ¿es que no ha sido todo porque tú lo quisiste?

MANUELA.— Mira, Paco, que te planto un bofetón como me recrimines encima..., que me tienes hasta aquí..., hasta aquí...

(Viene el CHAVAL 2 con las dos botellas. El matrimonio permanece sentado, callando.)

(Ha llegado a la casa el otro matrimonio, y al tiempo que el del bar enmudece de rabia y disgusto y beben deprisa los dos botellines de cerveza, el ANDRÉS se enfrenta con la CARMELA.)

ANDRÉS.— Mira que te lo tengo dicho cincuenta veces que no quiero verte sola por ahí... ¿Es que no hablo en castellano?

CARMELA.— ¿Es que no puedo salir con la prima siquiera?

ANDRÉS.— No... Tú eres mi mujer y me tienes que obedecer... ¿Lo oyes?

CARMELA.— Eres un chulo... Eso es lo que eres...

ANDRÉS.— *(Fuera de sí.)* ¿Qué has dicho? ¿Qué has dicho? Anda, repítelo..., repite eso que has dicho...

(La CARMELA, asustada y llorosa retrocede un poco.)

ANDRÉS.— Que me lo repitas, te digo... ¿O te lo digo de otra manera?

(Ante el silencio y el terror de la CARMELA, el ANDRÉS levanta el puño para pegarla. La CARMELA, al verlo, asus-

tada, sale corriendo, saltando casi, entre las sillas y se mete en la alcoba, cierra la puerta y echa el cerrojo. El ANDRÉS se queda furioso fuera, dando fuertes golpes.)

ANDRÉS.— Abre..., ábreme, que te mato...

(En la terraza el matrimonio rompe ahora su mutismo.)

PACO.— Mira, me voy a la casa..., no sea que ese demonio de Andrés vaya a meterse con la Carmela...

MANUELA.— *(Sujetándolo violentamente por el brazo.)* Que se maten... Tú no tienes por qué meterte en lo de los demás... Que se maten...

PACO.— Pero, mujer...

(En la casa, la CARMELA llora apoyada en la puerta y el ANDRÉS se pasea furioso dando puñetazos a diestro y siniestro.)

MANUELA.— *(Sujetando a su marido.)* Que se maten te digo... ¿No ves que es que están hartos de nosotros?

PACO.— Que no es ley, mujer...

MANUELA.— *(Sujetándole.)* Pues vete al cuerno... ¡Huy, qué harta me tenéis...! *(Le suelta.)*

(Se va el PACO, y la mujer queda un rato abanicándose con un pay-pay, llena un vaso con el sifón que le ha traído el chico y se lo bebe de un trago.)

(El PACO entra en la casa y encuentra al ANDRÉS enloquecido.)

PACO.— Pero, bueno... ¿Es que ya estáis otra vez?

ANDRÉS.— Pero qué suerte más negra tengo... Lo que me faltaba, Curro, lo que me faltaba..., que la mujer me salga...

PACO.— *(Tapándole casi la boca.)* Bueno, bueno, bueno..., sin excitarse, sin nervios...

ANDRÉS.— Pero si es que..., si es que... Un hombre tiene aguante hasta que tiene aguante... Pues no va y me llama chulo... cuando...

PACO.— Bueno, pero cálmate, anda...

ANDRÉS.— (*Revolviéndose.*) Mira que... hasta el domingo estoy haciendo servicio para que no le falte nada... y procurando no molestaros a vosotros, que no sé cómo tenéis tanta paciencia..., y que además no sé qué hacerme con ella, y ella sin mirarme siquiera, que...

PACO.— Calla, hombre, calla, que está muy feo eso de pegar a una mujer...

ANDRÉS.— Dejaré que me pegue a mí, si te parece...

PACO.— Que estás en Barcelona, chaval, que no estás en tu pueblo...

ANDRÉS.— (*Sacudido de ira.*) Vete al cuerno también tú con Barcelona... Me vas a venir a enseñar tú a mí... Me importan tres pitos Barcelona y la cultura y las narices... Barcelona, Barcelona... Aquí lo que sois todos es unos desgraciaos que os han vuelto maricas con tanta estupidez... Mecachis en mi negra suerte..., en qué mala hora vine yo a esta tierra... Que estoy de los catalanes hasta los cataplines, y de vosotros, que sois peores que ellos, porque os habéis hecho peores que ellos.

(El PACO tiene que retirarse porque el otro, furioso, quiere pegarle. En este preciso momento llega la MANUELA, sofocada, con las botellas de vino. Al ver al ANDRÉS en tal actitud, da un grito estentóreo.)

MANUELA.— ¡A mi Paco tú no le pegas...! (*Se tira sobre el ANDRÉS, que, asustado, se deja zarandear. PACO se interpone.*)

PACO.— Qué oportuna, mujer, qué oportuna eres...

(La CARMELA da golpes en la puerta. La MANUELA, al oírlos, corre a la alcoba.)

MANUELA.— ¡Prima..., prima..., Carmela, hija...! ¿Dónde estás...? ¡Abre...!

(Sollozos violentos de la CARMELA detrás de la puerta.)

MANUELA.— (*Volviéndose al ANDRÉS, que es arrastrado por el PACO hacia la puerta.*) ¿Qué le has hecho, sinvergüenza?

(El PACO y el ANDRÉS han salido a la calle. PACO cierra la puerta y fuera trata de serenar al ANDRÉS.)

PACO.— Vamos, muchacho, cálmate, cálmate...

MANUELA.— *(Dando desesperados gritos en la puerta.)* Abre, Carmela, abre...

(La CARMELA abre al fin, temblorosa, y las dos mujeres se abrazan llorando.)

PACO.— *(Arrastrando al ANDRÉS hacia la tasca.)* Si la culpa la tenemos nosotros por meternos en asuntos de mujeres... Anda, vamos a echar una copa...

ANDRÉS.— Es que a mí no me insulta una mujer...

PACO.— Ni a mí... ¿Qué te crees tú...? A la Manuela la voy a doblar... Anda, vamos al bar, que aluego arreglaremos cuentas...

(Entran en el bar, del que ahora emana, como un lamento cálido, la voz estentórea de Antonio Molina, a través de un disco. Pausa. La calle vibra en el mediodía veraniego, punta del mediodía, atiborrada de alegría y pasión. Vienen por la calle de la derecha los tres guajas compadreados: el LEGIONARIO, el ÁNGEL y el CHAVAL 1, cogidos del brazo, cantando «El novio de la muerte».)

LEGIONARIO.— *(Llevando al mismo tiempo la batuta.)* «Soy el novio de la muerte...».

(Entran en el bar.)

(Mientras, en la casa.)

MANUELA.— ¿Te ha pegao? Dime. ¿Te ha pegao?

CARMELA.— *(Compungida.)* Como si fuera la primera vez.

MANUELA.— Pues en mi casa no..., en mi casa, no... Estaría bueno... Hasta ahí podían llegar las bromas... Es que se van a la calle el uno y el otro y el otro y el otro... Y el Paco se larga con ellos...

CARMELA.— ¡Ay, madre mía, qué sofoco!

MANUELA.— Capaz de hacer malparir el tío... Huy qué mala sangre tienen...

Anda, descansa un rato, descansa un rato, mujer...

CARMELA.— (*Tendiéndose en la cama.*) Ya nos han dao el domingo, Manoli, ya nos han dao el domingo...

MANUELA.— Si no son gente civilizada..., si tienen el pelo de la dehesa..., si no valen para vivir entre gente civilizada...

CARMELA.— (*Llorando de nuevo.*) Ay, cállate, Manoli...

MANUELA.— No llores, hija, no llores... ¡Huy qué canallas son, pero qué canallas...!

(Se oye un gran estrépito dentro del bar, que hace enmudecer incluso la voz de Antonio Molina. Se ve al CHAVAL 2, que sale echándose las manos a la cabeza. Corre desorientado hacia la casa.)

CHAVAL 2.— ¡Señora Manuela, señora Manuela..., que al Ángel le han abierto la cabeza... Señora Manuela...!

(La MANUELA y la CARMELA se levantan horrorizadas, el CHAVAL 2 da grandes golpes en la puerta, mientras cae el telón.)

ACTO III

Atardecer tibio otoñal. En el bar del SR. FRASQUITO ya no hay sombrero. En la terraza quedan dos mesas. No hay nadie. El último sol pega sobre el tapial de la fábrica. Se oyen chillidos de pájaros y tintineos de tranvías. En casa del SR. PACO se advierte orden y pulcritud. Ya no se ven colchonetas por el suelo. La cocina, ordenada. El comedor, pulcro, con sus tapetes de seda. En el comedor-cocina, la MANUELA cose junto a la mesa, aprovechando la última luz del atardecer. Aparece tranquila y sosegada. De vez en cuando deja la labor y hace ademán de mirar hacia fuera, como si estuviese esperando a alguien.

(Se oye el frenazo de un auto en la parte del terraplén y, a poco, aparecen ANDRÉS y la CARMELA. El ANDRÉS viste una gabardina nueva, casi recién comprada, y lleva zapatos lustrados y corbata. Da el brazo a la CARMELA, que también viste decentemente, con buenos zapatos de tacón y muy peinada. Lleva en brazos un niño de pocos meses. Se dirigen a la casa. Pasan de largo ante el bar.)

ANDRÉS.— Nos hemos retrasado mucho, Carmela...

CARMELA.— Y tú podías haberte afeitao, Andrés...

(Llaman a la puerta y la MANUELA sale deprisa a abrir. Dan un gozoso grito.)

- MANUELA.— ¡Huy, Carmeliya, hija...! (*Besukeo.*) Creí que no ibais a venir...
Huy, qué hermoso, qué hermoso el niño, qué maravilla... (*Coge al niño y lo besa.*) Guapo... nene... Ay, qué rico está..., qué requeterriquísimo está... Se parece a su madre... ¡Vida mía...! (*Mas besos.*)
- CARMELA.— (*Al ANDRÉS.*) Quítate la gabardina.
- MANUELA.— Sentaros, chicos... Vamos a merendar...
- ANDRÉS.— (*Que se ha quitdo la gabardina y se sienta.*) ¿Y el Paco?
- MANUELA.— No creo que tarde... «Plega» a las siete... Ya le he dicho que ibais a venir...
- CARMELA.— Hemos tenido que coger un taxi; el Andrés se ha retrasado...
- ANDRÉS.— No digas tonterías. Lo que pasa es que tú no terminas nunca...
- MANUELA.— (*Luego de dejar al niño en el regazo de la madre.*) Estoy haciendo chocolate. (*Husmea el fogón.*) ¿Os gusta?
- CARMELA.— No sé para qué te molestas, chica.
- ANDRÉS.— Tienes que venir a nuestra casa...
- MANUELA.— A ver si un domingo...
- CARMELA.— ¡Estoy más contenta...! ¡Tengo una casa más mona...!
- MANUELA.— ¿Sí?
- CARMELA.— Hasta una terracita muy maja... Ya verás el chico lo que va a correr cuando crezca...
- MANUELA.— ¿Ves cómo todo se arregla?
- ANDRÉS.— No nos podemos quejar de Barcelona.
- MANUELA.— ¡Y claro que no!
- ANDRÉS.— Ya se sabe, trabajar se trabaja...
- MANUELA.— Eso es bueno, Andrés...
- ANDRÉS.— No sé si sabrás que trabajo doce horas entre unas cosas y otras. Cuando termino mi servicio, voy al almacén de muebles...
- CARMELA.— Y gracias a eso hemos podido amueblar la casa..., a plazos largos... Ya verás, Manoli, ya verás...
- ANDRÉS.— Acaba uno rendido. Doce horas. Luego de estar dándole a la manivela del tranvía, a echar mano al volante para llevar los muebles por ahí... Y a cargarse los armarios a las espaldas..., y venga subir escaleras...
- CARMELA.— No para de quejarse, Manoli... Pero es lo que yo digo... ¿Cuándo habíamos estado mejor...? Tienes que venir a casa, Manoli... Un día entre semana, a hacerme compañía, mujer...

MANUELA.— *(Que va preparando la mesa con tazas y rebanadas de pan tostado.)* El Andrés es que tiene un carácter un poco así... Pero bien bueno y trabajador que es...

CARMELA.— *(Cogiendo por el brazo al ANDRÉS.)* Sí que es bueno, sí...

ANDRÉS.— Menos cuando me enfado... ¿No?

CARMELA.— Es que no hay quien te lleve la contraria, mujer... Pero déjame que te ayude... *(Mientras las dos mujeres preparan los útiles de la merienda, el ANDRÉS coge al chiquillo y sonríe haciendo cucamonas. Las dos mujeres le miran en una escena cargada de cursilería, como en una comedia norteamericana.)*

ANDRÉS.— Macho, tú si que eres un tío macho... Ni puñadas que vas a endiñar a los chicos del barrio... Vas a pegar a todos... *(Besos. Cuando se da cuenta de que las mujeres se ríen, da un respingo.)* ¿Y ustedes qué hacéis ahí, mirando como tontas? *(Al chico.)* Andá, se ha hecho pis... Cochino, que eres un cochino... *(La CARMELA coge riendo al chico y el ANDRÉS se levanta, limpiándose los pantalones.)* Pues no estoy harto ya del crío... Yo... Que sea mayor. Verás cómo le hago ir más derecho que una vela...

CARMELA.— *(Mirando la casa.)* Huy, chica, parece mentira que pudiéramos arreglarnos aquí, los cinco...

MANUELA.— ¿Verdad?

(El ANDRÉS ha cogido «La Vanguardia» y busca la página de los deportes.)

CARMELA.— Bien buenos fuisteis con nosotros; mira que aguantasteis...

MANUELA.— Hasta que los nervios saltaban...

CARMELA.— *(Riéndose.)* Vaya si armamos buenos follones.

MANUELA.— *(Cogiendo con las manos la cara de CARMELA.)* ¿Estás de verdad contenta ahora?

CARMELA.— *(Luego de una pausa.)* Sí, sí, ¿por qué no lo iba a estar? Tengo una casa, un marido trabajador, un niño... No me puedo quejar...

MANUELA.— *(Cogiendo otra vez al niño.)* Huy, qué requetebonito es...

CARMELA.— Que se sale el chocolate...

(ANDRÉS levanta la mirada del periódico y mueve la cabeza.)

ANDRÉS.— Estáis más atontadas...

CARMELA.— ¿Ves?, ya está rabiando.

MANUELA.— ¿Queréis que merendemos ya? ¿O esperamos al Paco?

CARMELA.— Pues mejor que esperemos, ¿no, Andrés?

ANDRÉS.— Haced lo que queráis...

MANUELA.— Ya no puede tardar... Trabaja aquí cerca... Y son las siete y veinte... Mira, aquí está...

(PACO llega con su saquillo al hombro. Apretones de manos y abrazos.)

PACO.— Carmela, chiquiya... Andrés, chaval... ¿Y el pequeño? ¡Huy, qué majo está...!

CARMELA.— Cuatro quilos y medio pesa, fíjate...

MANUELA.— *(Con el cacharro del chocolate en la mano.)* Bueno, dejad ahora al chico y vamos a merendar...

PACO.— ¿Chocolate?

MANUELA.— ¿Ya estás protestando?

PACO.— Yo no quiero chocolate... *(Al ANDRÉS.)* ¿Es que vas a tomar tú chocolate?

ANDRÉS.— A mí me es igual...

PACO.— ¿Hay vino? ¿Y bacalao?

MANUELA.— Pero tomad primero una taza de chocolate y aluego haced lo que queráis. *(Mientras llena las tazas.)* ¿Qué, queréis vino? Pues en la taberna está.

PACO.— *(Al ANDRÉS.)* Al fin y al cabo las mujeres son las que mandan, tú...

ANDRÉS.— No me digas, tú... *(Sigue leyendo «La Vanguardia».)* ¿Has leído esto del Osasuna? ¿Y el gol de Gento?

MANUELA.— Paco, tú que estás más cerca..., haz el favor de enchufar la radio...

CARMELA.— *(Que sorbe el chocolate.)* ¡Huy, qué rico está!

(La radio transmite una canción flamenca. Todos se ponen a comer. ANDRÉS está cansado y sigue, sin embargo, leyendo «La Vanguardia», abstraído en su lectura.)

(Por la parte del terraplén –ya casi ha oscurecido– suben tres sombras. Son el ÁNGEL, el CHAVAL 1 y el CHAVAL 2. Los tres visten traje de faena y llevan su saquillo o su tartera envuelta en papel de periódico. Se les nota aire de cansancio y fatiga.)

ÁNGEL.– *(Dando palmadas.)* Señor Frasquito.

CHAVAL 2.– ¿Un subastao?

ÁNGEL.– Menda lo que quiere es descansar... ¡Qué muerto estoy...!

(Al salir el SR. FRASQUITO aprovecha para encender la luz de la puerta. La escena se llena de sombras. En la casa, ahora iluminada, la familia se encuentra confortable y hogareña.)

SR. FRASQUITO.– Aquí tenéis la baraja...

CHAVAL 2.– Y vaya usted preparando unos carajillos.

SR. FRASQUITO.– *(Al CHAVAL 2.)* Y tú, ¿qué? ¿Dónde trabajas ahora?

CHAVAL 2.– Donde no me explotan, abuelo...

SR. FRASQUITO.– ¡Ah, sí?... Ya, ya... Lo que es explotarte a ti... Que me lo digan a mí, que no sé cómo te aguanté lo que aguanté...

CHAVAL 2.– Pues espere usted que le llamen del Sindicato.

SR. FRASQUITO.– Bueno, no me hagas reír, chaval...

(El SR. FRASQUITO se va, meneando la cabeza. El CHAVAL 1 ha sacado un sobre, mientras el ÁNGEL baraja displicentemente la baraja.)

CHAVAL 2.– ¿Qué lees, tú?

CHAVAL 1.– Una carta del Tadeo; está en Alemania.

CHAVAL 2.– ¿Y qué dice, tú?

CHAVAL 1.– Dice..., dice..., espera..., que tiene novia y que se va a casar...

CHAVAL 2.– ¿Otra vez?

CHAVAL 1.– *(Leyendo.)* Tengo una novia que se llama Erika y nos vamos a casar, pues ella tiene casa y a mí me van a subir el jornal...

CHAVAL 2.– ¡Qué tío!

CHAVAL 1.– Pero en cuanto tenga dinero de sobra nos volveremos a España, que es más bonito...

CHAVAL 2.– ¡Bah!

CHAVAL 1.– (*Leyendo aún.*) Aquí los alemanes y los italianos son muy malos y más cobardes que un gitano...

ÁNGEL.– Ése no parará en ningún sitio...

CHAVAL 2.– ¡A ver! Hace bien, chaval... Hay que correr mundo... Tengo unas ganas de largarme, tú...

CHAVAL 1.– (*Guardando la carta.*) Y yo, macho... Es que se me cae encima esta ciudad.

CHAVAL 2.– Si no fuera por la mili.

ÁNGEL.– Pues yo no me muevo de España, fijaros.

CHAVAL 2.– ¿Tú? No me digas... Pues sí que te va bien aquí...

ÁNGEL.– Prefiero lo malo conocido que lo bueno por conocer...

CHAVAL 1.– Un tío como tú, sin familia, viviendo solo, que no tiene que dar cuenta a nadie... y ganando trescientas cincuenta pelas a la semana, aquí en España...

ÁNGEL.– Me basta y me sobra...

CHAVAL 1.– Para no tener tabaco suficiente.

ÁNGEL.– Allá vosotros; yo, si me voy de Barcelona, será a mi tierra. Pero España, para mí...

CHAVAL 2.– Bueno, tú, da cartas...

ÁNGEL.– Ya sabemos lo que vamos a encontrar por ahí... Trabajo...

CHAVAL 1.– Si lo malo no es trabajar..., lo malo no es trabajar... Lo malo es que no te paguen el trabajo.

ÁNGEL.– No se me ha perdido nada por ahí...

CHAVAL 2.– No sé para qué hablas.

(*Pausa.*)

ÁNGEL.– Qué noche tan bonita...

CHAVAL 1.– Para correrse una juerga, si uno no tuviera que madrugar, macho...

CHAVAL 2.– Para acabar en la comisaría...

ÁNGEL.– Mira, ya se encienden las luces... Así da gusto ver Barcelona... Éste es el barrio más bonito de Barcelona...

CHAVAL 1.— Es el único barrio alegre... Los demás parecen funerarias...

ÁNGEL.— Yo no sé vivir en otra parte... Y si no fuera porque tengo cerca mis parientes...

CHAVAL 2.— Yo estoy cansao de trabajar, Ángel.

ÁNGEL.— No digas...

CHAVAL 2.— Es que no siento el cuerpo... Diez horas trabajando... ¿Para qué? Luego mi padre sólo me da cinco duros a la semana...

CHAVAL 1.— ¿Y las horas de estraperlo que te guardas, qué?

CHAVAL 2.— Gracias a eso vivo... Pero que se entere mi papí y verás... Un día hago una barbaridad...

ÁNGEL.— (*Ensimismado en la contemplación de la ciudad.*) Mira, mira, aquellas luces son las de Horta..., aquellas otras las del Carmelo... Más allá, Pedralbes, Coll-Blach, Casa Antúnez... Los barrios alegres...

CHAVAL 2.— Sí que es verdad, tú. Barcelona está rodeada de alegría...

CHAVAL 1.— (*Sombrío.*) Pon que un día todos los charnegos caigamos sobre la ciudad; nos lo comemos, como en las novelas de Mau-Mau, tú...

ÁNGEL.— Sí que bajaremos un día a la ciudad... La conquistaremos, la llevaremos nuestra alegría...

CHAVAL 1.— ¿Has oído? Es un tío idealista, el Ángel...

CHAVAL 2.— Un poeta, el tío...

(*Llega el SR. FRASQUITO con los carajillos.*)

CHAVAL 2.— El Ángel es un tío raro, ¿verdad, señor Frasquito?

SR. FRASQUITO.— ¿Lo dices porque se ha dejao el bigote?

CHAVAL 2.— Que dice cosas más raras... Sólo se oyen por el «arradio».

SR. FRASQUITO.— (*Al ÁNGEL.*) ¿Y qué? ¿Ya hiciste las paces con tu familia? Muchacho, que te digo si ya te has arreglao con la familia.

ÁNGEL.— ¿Qué dice usted de la familia?

SR. FRASQUITO.— Que te vayas a dormir, digo. ¡Jozú, qué tío! (*Se va.*)

CHAVAL 1.— Nosotros somos los enemigos de la familia, ¿no? Los tres a matar con nuestras familias...

ÁNGEL.— Vamos a hablar de otra cosa...

(*Sorben los carajillos absortos un poco en el misterio de la noche otoñal.*)

(En la casa, luego de tomar el chocolate.)

PACO.— Dame una botella, que voy a por vino... Vamos a acabar este bacalao...

MANUELA.— Cógela de ahí... Y ahora aprovecha para quedarte en la tasca.

CARMELA.— Nosotros nos vamos a ir de seguida...

(ANDRÉS sigue absorto en «La Vanguardia».)

(Las dos mujeres hablan en voz baja, mirando al niño. El SR. PACO sale a la calle con la botella y mira el maravilloso cielo estrellado. Se llega a la tasca.)

PACO.— Buenas noches, Ángel y compañía.

CHAVAL 1.— Buenas noches...

CHAVAL 2.— Buenas noches...

ÁNGEL.— Hola, Paco...

PACO.— ¿Sabes quién ha venido a vernos? El Andrés y la Carmela. En casa están...

ÁNGEL.— Me alegro...

PACO.— Estamos merendando... ¿Por qué no vienes a echar una copa...? Tengo bacalao de ese bueno...

ÁNGEL.— ¿Es que todos los días me vas a venir con lo mismo?

PACO.— A la Manoli también le darías un alegría... Y, al fin y al cabo, es tu hermano...

ÁNGEL.— Mira Paco: no me des la lata. Sabes muy bien que no pienso ir a tu casa desde aquel día...

PACO.— Eres muy rencoroso...

CHAVAL 1.— Sí, sí, rencoroso... Menudo botellazo le arreó su hermanito...

ÁNGEL.— Tú no te metas en donde no te llaman...

PACO.— *(Al ÁNGEL, con fuerza.)* Pues en mi casa siempre tienes un rincón, Ángel...

ÁNGEL.— Muchas gracias.

PACO.— Bueno, ¿qué?

ÁNGEL.— Que te largues...

PACO.— Está bien, hombre...

(PACO se va despacio hacia el bar. Pausa.)

CHAVAL 1.— Bueno... ¿Jugamos?

ÁNGEL.— Me duele la cabeza...

CHAVAL 2.— Todo huele a podrido en este país...

CHAVAL 1.— También yo tengo ganas de perder de vista a mi familia. Es una peste la familia... Tú haces muy bien, Ángel... Hay que vivir independiente.

ÁNGEL.— Ahora me vienen con historias... Tienen más cuento. Y cuando vivía con ellos no me dejaban ni respirar... Pues que se joroben ahora...

CHAVAL 1.— Y el botellazo que te dio tu hermanito...

ÁNGEL.— Lo de menos son los golpes... Es otra cosa... Que estamos los unos frente a los otros... Eso es... Nada más que eso.

CHAVAL 1.— Y tenemos que liarnos a golpes. También eso.

ÁNGEL.— Están bonitas las luces, ¿verdad? Desde aquí parece una feria. Parece una ciudad alegre...

CHAVAL 2.— Sí que está maja la ciudad...

(Vuelve el PACO con la botella de vino.)

PACO.— *(Al pasar delante de ellos.)* Con Dios, Ángel...

ÁNGEL.— Con Dios...

(Pausa.)

CHAVAL 1.— Un buen tío el Paco...

ÁNGEL.— De éstos quedan pocos, tú...

CHAVAL 2.— No tiene nada suyo...

ÁNGEL.— Un cristiano..., eso es un cristiano...

CHAVAL 1.— Así, vive como vive, pobre hombre...

ÁNGEL.— Pues mira, es feliz...

CHAVAL 2.— Claro, se conforma con poco...

ÁNGEL.— También yo me conformo con poco, y no me dejan vivir. Trabajo ahora como un negro y apenas me llega para comer...

CHAVAL 1.— Tendrás que casarte, Ángel.

ÁNGEL.— Es un consuelo saber que uno tiene que morirse.

CHAVAL 2.— Bueno, pues vaya noche que tenéis. Yo me largo si seguís con ese plan, tú...

ÁNGEL.— ¿Y si nos vamos a dar un paseo? Está la noche muy maja, tú...

CHAVAL 2.— ¿No echamos la partida?

CHAVAL 1.— Vámonos de tascas...

ÁNGEL.— Vámonos a dar una vuelta por el barrio. Ahora da gusto ver a las chavalas... Parece como si tuvieran miedo al invierno. En el pueblo también pasaba eso. Aquí se las ve llenas de miedo. Tienen miedo de todo...

CHAVAL 1.— Como que Barcelona es mucha Barcelona, tú...; hay cada pájaro...

CHAVAL 2.— Bueno, pues nos vamos..., ¡sr. Frasquito!

CHAVAL 1.— La noche está para eso... Para no tener que madrugar. ¿Eh, tú?

(Sale el SR. FRASQUITO.)

SR. FRASQUITO.— ¿Ya «se» vais?

ÁNGEL.— *(Sacando un billete de cinco duros.)* Cóbrense usted...

SR. FRASQUITO.— Son diez cincuenta.

ÁNGEL.— Hasta mañana...

(Cogen los saquillos que habían dejado colgados del respaldo de las sillas y salen despacio. ÁNGEL ofrece tabaco a los chicos y encienden. Van hacia la calle de la derecha, con ánimo deliberado de pasar ante la casa de PACO.)

CHAVAL 1.— Os convido a unos vinos en casa del Chepa...

(Al pasar ante la casa, el CHAVAL 2 se pone de puntillas para mirar a través de la ventana. Se ve a la CARMELA, frente a la luz de la noche.)

CHAVAL 1.— Huy, tú, la Carmela... qué maja se ha puesto.

ÁNGEL.— Bueno, tú...

CHAVAL 1.— Está bonita porque sí...

ÁNGEL.— Para lo que le sirve, con esa bestia...

CHAVAL 2.— A las chavalas, a lo primero, Barcelona les favorece, tú...

ÁNGEL.— *(Impaciente.)* Bueno, vamos...

(Al fin, rindiéndose a sus deseos, se asoma a la ventana. Aunque la CARMELA no nota nada, tiene un presentimiento y se agita.)

ÁNGEL.— Madre mía..., qué guapa está la Carmela... Qué bonita es... Es como si viera mi pueblo en ella, tú... Lo tiene todo en la cara... Lo lleva todo en sus ojos... La alegría del pueblo, los años mejores..., los... *(Reaccionando.)* Bueno, vámonos...

(Al ir a marcharse, asoma la cabeza de PACO por la fingida ventana.)

PACO.— Ángel, Angelillo, pasa, hombre, pasa...

MANUELA.— *(Avanzando hacia la ventana.)* ¿Estás ahí, Ángel? ¡Que pase! Dile que entre... ¡Ángel...!

(ÁNGEL retrocede lentamente.)

(La CARMELA va a levantarse para ir a la ventana y, de pronto, se siente cruzada por la mirada de ANDRÉS, que ha levantado los ojos del periódico y la mira con dureza. La CARMELA lucha consigo misma.)

PACO.— *(A los CHAVALES.)* Entrad a echar una copa, hombre...

MANUELA.— *(Tratando de asomarse detrás de su marido.)* Venid a echar una copa... ¿Y el Ángel?

(Gran tensión entre la CARMELA y el ANDRÉS.)

CHAVAL 1.— ¿Qué? ¿Vamos?

ÁNGEL.— *(En un arranque.)* No... No... Entrar vosotros, si queréis... Yo no..., yo no... ¡Nunca ya..., nunca!

PACO y MANUELA.— *(A dúo.)* ¡Ángel, no te vayas, Ángel...!

(Salen deprisa el ÁNGEL y los CHAVALES. Pausa. MANUELA y PACO vuelven a la reunión.)

MANUELA.— Es un cabezota ese Ángel...

CARMELA.— (*Ansiosa.*) ¿Se ha ido?

PACO.— No hay quien lo haga volver...

CARMELA.— Pobre Ángel...

ANDRÉS.— (*Nervioso.*) ¿Dónde está ese vino, Paco?

PACO.— (*Llenándole el vaso.*) Aquí lo tienes...

(ANDRÉS bebe sin dejar de mirar a la CARMELA.)

ANDRÉS.— (*Luego de limpiarse los labios.*) Cada uno tiene que espabilarse...

Aquí no estamos en el pueblo... Barcelona es para los hombres. Hay que luchar. Aquí no hay ni hermanos, ni sobrinos, ni tíos...

MANUELA.— Por Dios, Andrés...

ANDRÉS.— Yo he sudado, ¿no? Yo me rompo el espinazo, ¿no? Trabajo diez y once horas. Tengo derecho a tener tranquilidad en mi casa... ¿Lo oyes, Carmela?

CARMELA.— Sí..., te oigo... (*Está a punto de llorar.*)

ANDRÉS.— Y tengo a mi hijo... Y más que tiene que venir...

MANUELA.— (*Comprensiva.*) El Ángel también se casará...

CARMELA.— Eso es lo que me gustaría; verlo casao, mujer...

PACO.— No sé que tiene la juventud esta, no sé...

ANDRÉS.— Ya estás con las mismas de siempre...

MANUELA.— Que no les gusta trabajar...

PACO.— A nadie le gusta trabajar, mira tú...

ANDRÉS.— Si me dejaran a mí, verías cómo se iba a acabar todo, pronto...

CARMELA.— (*Como despertando de un sueño.*) ¿Qué hora es, Manoli? Pero... ¿va bien ese reloj?

MANUELA.— Cinco minutos atrasado, me parece, vamos creo yo...

CARMELA.— Huy, pues ya nos estamos marchando...

PACO.— ¡Qué prisa tenéis!

ANDRÉS.— Tú verás... Entro a trabajar hoy a las once... Hasta las dos de la madrugada...

CARMELA.— (*Nostálgica.*) Se van acortando tanto los días... Debe ser muy triste el invierno, en Barcelona...

ANDRÉS.— ¿Es que no hemos pasado otro?

CARMELA.— Como llegamos en febrero...

ANDRÉS.— Venga, ve arrojando al niño...

MANUELA.— Tenéis que venir pronto... ¡Eh! Déjame que bese al niño... ¡Qué rico está!

CARMELA.— (*Mientras arroja al niño.*) También el Ángel... Podía haber entrado...

ANDRÉS.— Venga, que se hace tarde...

MANUELA.— Ya volverá el Ángel... ¿Qué va a hacer un chico solo? Y se casará pronto... Ya verás...

PACO.— No hay más remedio que volver a los carriles... Es la vida...

ANDRÉS.— Pues que se espabile..., que si uno no se busca un porvenir pronto..., no sé...

CARMELA.— No sé qué porvenir tenemos nosotros tampoco...

ANDRÉS.— ¿Es que vas a empezar a cabrearme?

MANUELA.— Bueno. ¿No iréis a pelearse otra vez? No sé que tiene esta casa, que todo el mundo viene a pelearse...

CARMELA.— Todo lo que hablo le parece mal, chica...

ANDRÉS.— (*Al PACO.*) ¡A ver si un día nos corremos una buena, tú y yo!

MANUELA.— Lo que faltaba... Eso queda para los solteros, pal Ángel. Ustedes bastante tenéis con trabajar y cumplir con vuestras obligaciones...

ANDRÉS.— Claro... Y vosotras, a pasarlo bien...

(*Se besan muy tiernas, la CARMELA y la MANOLI.*)

CARMELA.— ¿Cuándo vendrás a verme?

MANUELA.— Un día de la semana que viene...

CARMELA.— Yo no salgo de casa en todo el día; figúrate, con el niño...

ANDRÉS.— Y el puesto de una mujer está en su casa...

CARMELA.— Entre paredes todo el día. En el pueblo, mujer, era otra cosa...

Salías a la puerta, charlabas con una y con otra..., qué sé yo... Aquí se aburre una...

ANDRÉS.— ¡Cuánto cuento tienes encima!

MANUELA.— ¡Bueno, Andrés, no seas malo!

ANDRÉS.— ¿Malo yo? Si...

PACO.— Hala, adiós...

(*Salen al fin. El matrimonio sale a la puerta a despedirlos.*)

MANUELA.— Abriga bien al niño, que ya hace relente...

CARMELA.— Ya está encima el invierno...

ANDRÉS.— Bueno, adiós...

(Doblan la esquina y el matrimonio se mete en la casa. La CARMELA se detiene un momento a cambiar al niño de brazo. La calle está llena de nostalgias.)

ANDRÉS.— ¿Qué pasa ahora?

CARMELA.— Huy..., tú sabrás lo que pasa. *(Pausa.)* Parece como si hiciera tantos siglos que no veníamos por este barrio... Y los malos recuerdos que tengo de él.

ANDRÉS.— Espera que no los tengas peores...

CARMELA.— Luego dices que tú no eres agorero...

(Echan a andar. Y al pasar frente al bar...)

CARMELA.— ¿Y si nos sentáramos un poquito aquí, Andrés...?

ANDRÉS.— Es muy tarde...

CARMELA.— Pero mira qué vista tan maja... Huy, qué lucerío...

ANDRÉS.— ¿Qué te pasa? ¿Por qué te has puesto tan tonta?

(Fuera de sí.)

CARMELA.— ¿Yo?

ANDRÉS.— Sí, tú... ¿Te crees que soy tonto, o qué? El pijo ese, el Ángel que te ha soliviantao la sangre...

CARMELA.— ¿El Ángel? Ni me acordaba del santo de su nombre ahora...

ANDRÉS.— ¿No? ¿No? Me alegro..., porque como vuelvas a las andadas...

CARMELA.— Tonto, más que tonto..., cómo se conoce que me quieres... *(Le besa.)* Mira, mira qué bonita..., qué lucerío...

ANDRÉS.— Y no saldremos nunca más de Barcelona... Nos hemos hecho un hueco...

CARMELA.— ¡Qué bien!

ANDRÉS.— Ahora, a educar a nuestros chavales y a trabajar...

CARMELA.— Gracias a ti, Andrés...

ANDRÉS.— (*Autoritario.*) Vámonos...

(Descienden lentamente por el terraplén que va a la ciudad. Pausa. Un halo de neblina aureola la bombilla del bar. Se oye un lejano cante flamenco y tintineos de tranvías por abajo.)

(A poco, aparecen emergiendo por el terraplén, los dos MUCHACHOS que vimos al iniciarse la obra. Vienen como endurecidos. Visten cazadoras de piel y traen una maleta cada uno. Al llegar arriba se detienen y dejan la maleta en el suelo.)

MUCHACHO 1.— Bueno..., ya hemos llegado...

MUCHACHO 2.— Qué ganas tenía de volver a estar aquí..., aquí mismo... Mira las luces...

MUCHACHO 1.— Lo mismo de siempre... El bar del sr. Frasquito... Donde esté España, que se quite todo...

MUCHACHO 2.— A lo mejor mi madre no está en casa...

(Se ha abierto la puerta y aparece el SR. FRASQUITO.)

SR. FRASQUITO.— Pero ¿cómo? ¿Vosotros?

MUCHACHO 1.— Sí señor..., nosotros...

SR. FRASQUITO.— ¿De vuelta ya?

MUCHACHO 1.— De vuelta...

SR. FRASQUITO.— ¿Dónde habéis estado? ¿En Francia?

MUCHACHO 2.— En Francia y en Suiza y en medio mundo.

SR. FRASQUITO.— Y habéis vuelto..., ¿eh?

(Pausa.)

MUCHACHO 2.— Yo me voy a ver mi madre...

SR. FRASQUITO.— Pasar a tomar una copa... Hay que celebrarlo...

MUCHACHO 1.— ¿Celebrarlo? Bueno...

SR. FRASQUITO.— (*Encaminándose con los chicos hacia el bar.*) ¿Y qué? ¿Qué pinta por esos mundos de Dios?

MUCHACHO 1.— En todos los sitios cuecen habas, sr. Frasquito...

(*Telón.*)